

Serie terror
THANATOS

NOVELA INEDITA

Elliot Dooley

**Venganza
desde el más allá**



EDICIONES FORUM

ASTRI

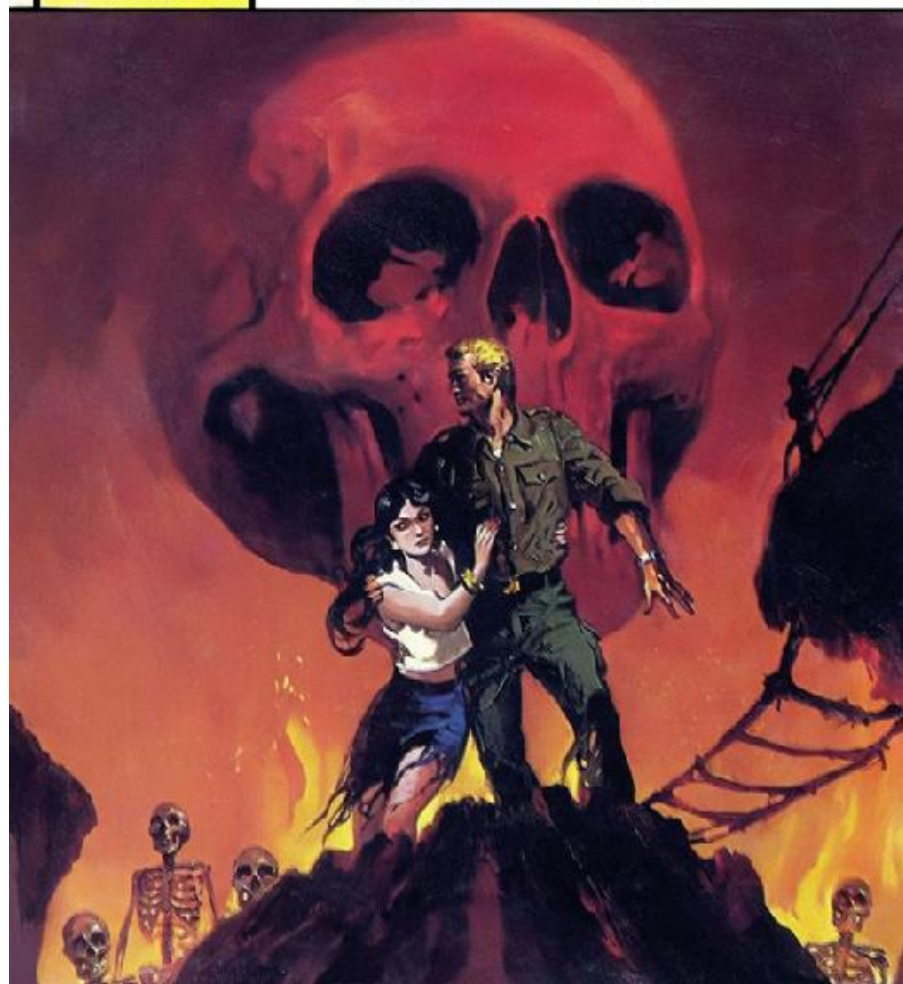


A

TERROR

ELIOT DOOLEY

**VENGANZA DESDE
EL MAS ALLA**



VENGANZA DESDE EL MÁS ALLÁ

VENGANZA DESDE EL MÁS ALLÁ

© **ELLIOT DOOLEY**

Texto

©

Cubierta

1.ª edición: marzo de 1992

Esta publicación es propiedad de
EDITORIAL ASTRI, S.A.
Apto. Correos 96008 - BARCELONA

ISBN: 84-469-0027-0

Depósito legal: 10.384 - 1992

Imprime CRONION

Tel. 336 42 13

08004 Barcelona

Printed in Spain - Impreso en España

LA HOGUERA AGUARDA

«¡Oh, bruja, tu poder es aterrador! ¡No lo hubiera sospechado nunca! Pero ahora tengo miedo y siento horror...

¡Oh, con cuánta razón eres odiada! ¡Qué día hermoso será aquél en que te quemen!

Puedo perderte cuando quiera, mis campesinos esta noche pueden buscarte con sus guadañas si yo digo una sola palabra...

¡Vete, vieja bruja, negra y execrable!... ¡Vete, bruja! ¡Vete!»

JULES MICHELET

CAPITULO 1

Eva Zuckelmann tuvo pesadillas durante toda la noche. Fueron sueños contaminados de horror y de pánico. Ante ella veía desfilar, en cabalgata siniestra, los instrumentos de tortura y sentía que su carne lacerada se estremecía a causa del dolor.

Un dolor que no la abandonaba ni en sueños.

¡Era tan real...!

Un dolor tan real como las mismas torturas que había tenido que soportar a lo largo de aquellos días y noches interminables.

Y lo peor era no saber nada de su hermana Anna, ni de sus padres.

— ¿Qué les habrán hecho? —se preguntaba angustiada—. ¿Les habrán torturado también como lo han hecho conmigo?

Sus labios se movieron convulsos al formularse aquellas preguntas para las que carecía de respuesta.

Otro estremecimiento sacudió su cuerpo cuando pensó en Anna.

—Es tan joven, tan frágil, tan delicada... ¡Tan codiciable!

Sí, Anna era todo aquello. La muchacha podía despertar ya los deseos de los hombres, su lujuria, su codicia, igual que el fruto succulento que anuncia que pronto, muy pronto, estará en sazón.

Aquella y no otra, era la causa de la desgracia de los Zuckelmann: ambas jóvenes habían despertado los deseos de los hombres que detentaban el poder, que podían imponer su voluntad.

Eva pensó en el burgomaestre con la rabia de la impotencia.

— ¿Por qué habrá tenido que fijarse en mí? —se preguntó asqueada.

Luego recordó a Wolfgang Bilder, aquella ave de rapiña que se titulaba magistrado y a cuyo cargo estaba hacer que se cumpliesen las leyes.

Pero... ¿cuál era la ley que él obedecía?

La de sus peores instintos, la que le dictaban sus apetitos más desordenados, sus más abyectos deseos.

— ¿Por qué habrá puesto sus ojos en Anna?... ¿Por qué han tenido que fijarse en nosotras? —volvió a preguntarse Eva, sin que tampoco encontrase ahora una respuesta válida, por lo que concluyó

amargamente—: ¡Vivíamos tan felices!

Ella evocaba así una dicha que, por desgracia, pertenecía ya al pasado. Su presente, en cambio, era esa pesadilla de horror y de dolor que estaba viviendo. El lóbrego calabozo en que estaba sumida, con su vestido hecho jirones, con la carne desgarrada, los miembros entumecidos y rotas las articulaciones.

La sombra que era de sí misma, de la que había sido tan solo unos días atrás, se agitó al formularse una pregunta más.

— ¿No sería mejor que cediese?

Eva Zuckelmann sintió que un sudor frío bañaba su cuerpo al pensar en rendirse a la lubricidad del burgomaestre Wögen.

Toda ella se resistía a la entrega, pero, por otra parte, se sabía vencida, derrotada.

Estaba por entero a la merced y al capricho de su verdugo.

—Si al menos pudiese morir antes... —murmuró mientras brillaban sus ojos—. La muerte me pondría fuera de su alcance. Con todo su poder, el burgomaestre ya no podría hacerme nada. ¡Nada!

Eva frunció en entrecejo y añadió para sí:

—Pero eso no salvaría la vida de mis padres ni pondría a Anna fuera de las garras de ese maldito juez. El burgomaestre y Bilder se cebarían en ellos. Les harían sufrir el peso de su venganza.

La joven alzó la mirada hacia el enrejado ventanuco, por el que entraba una débil claridad que ponía contornos más sombríos en los muros de la mazmorra.

—Para mí es más fácil morir que seguir viviendo, pero para ellos... ¡No! —exclamó aterrada ante las posibles consecuencias de aquel acto que le dictaba su propia desesperación—. No puedo matarme si con ello condeno a los míos a algo peor que la propia muerte.

Eva ocultó la cara entre sus manos y sollozó amarga y desesperadamente.

Así, sumida en el llanto, el tiempo fue transcurriendo para ella.

¿Cuánto?... No podía saberlo. Pero cuando volvió a mirar el ventanuco, vio que ya no entraba la luz y que el calabozo estaba completamente a oscuras.

El rumor de unos pasos, acercándose, había sido la causa de su repentino sobresalto.

Eva miró a la puerta de su mazmorra y, tras el ruido de cerrojos que se corrían, vio que se abría.

En el umbral apareció la silueta achaparrada y amenazante del burgomaestre Wögen.

Puesto en jarras, el hombre la contemplaba sonriente, como regodeándose en la victoria que adivinaba inminente.

Él, mejor que nadie, sabía que Eva Zuckelmann estaba en su

poder.

— ¿Cómo está la fierecilla indomable? —inquirió sardónico.

Y, ante el silencio de ella, añadió ominoso:

— ¿Te has decidido ya a someterte y a no ofrecer resistencia?

Heinrich Wögen, el poderoso burgomaestre de Grafeneck, se inclinó sobre su indefensa víctima y apoyó su mano derecha en la carne atormentada.

Un quejido de Eva hizo sonreír al hombre.

—Te duele, ¿verdad? —le preguntó.

A sabiendas de cuál era la respuesta, el burgomaestre volvió a apretar su mano derecha mientras añadía:

— ¿Por qué eres tan terca?... ¿No te das cuenta de que puedo obligarte a que hagas cuanto deseo?... Resígnate de buen grado. Cede y dejarás de sufrir.

Aquella voz sonaba en los oídos de Eva como una tentación.

El burgomaestre volvió a insistir.

Eva le miró a través de las lágrimas que empañaban sus ojos. Y él, seguro de sí mismo, añadió:

—Es una lástima que estén destrozando ese cuerpo tan hermoso.

Con exagerada curiosidad, Wögen estudió los moretones y las heridas. Después habló en voz baja, como si lo hiciera consigo mismo, pero seguro de que Eva no perdía una sola de sus palabras.

—Y pensar que tu hermanita no saldrá de aquí mejor librada...

La joven se estremeció, y el burgomaestre, captándolo, contrajo sus labios en una mueca que podía asemejarse de lejos a una sonrisa.

—Lo peor es lo de tu madre —murmuró simulando un pesar que estaba muy lejos de sentir—. Ella no tiene tanta resistencia como vosotras. Y tu pobre padre. Ya ves, sin comérselo ni bebérselo tendrá que pasar por todo esto hasta que no pueda aguantar más y reviente.

Eva se incorporó sin hacer caso del dolor que le causaba lo violento de su gesto, y gritó:

— ¡Ya basta!

El burgomaestre la miró con dureza.

—Terminaré cuando tú quieras. Cede...

— ¡Nunca!

Una carcajada sardónica hizo temblar el corpachón de Wögen. Sin dejar de reír, retrocedió hasta la puerta y, señalando a su víctima, ordenó a los sayones que aguardaban en el corredor:

—Cogedla y arrastradla hasta el calabozo en que están sus padres. ¡Vamos! —apremió al ver que los hombres no actuaban con la premura que deseaba—. ¡Quiero que vea como están!

Los dos sayones agarraron a Eva por las muñecas y tiraron de ella sacándola al corredor. Fueron luego tras el burgomaestre, que se les había adelantado y estaba ya ante la puerta abierta de otro calabozo.

— ¡Mírales! —ordenó a Eva, que fue empujada por los sayones al interior de la mazmorra—. ¡Mírales y piensa en lo que debes hacer para salvarles!

Con los ojos desorbitados por el horror, Eva vio a su padre con las muñecas amarradas a una argolla incrustada en el muro, con los pies a dos palmos del suelo. Su madre estaba tendida en un rincón del calabozo, encogida sobre sí misma, gimiendo de modo lastimero. Y su hermana Anna se hallaba con las manos y los pies metidos en un cepo, con su cuerpo núbil completamente desnudo, mostrando las líneas rojas y sangrantes dejadas en su tierna carne por los latigazos.

Un quejido brotó de la garganta de Eva.

El burgomaestre se le acercó y susurró tentador:

—Tú tienes la palabra... Si quieres que no se les torture más y salgan de aquí en libertad... ya sabes lo que has de hacer.

Eva se encaró con él.

— ¿Cumpliréis vuestra palabra? —le preguntó.

El hombre levantó su diestra y proclamó:

— ¡Lo juro!

— ¿Y no entregaréis mi hermana a Bülder?

Él afirmó:

—Saldrá libre de aquí. Tienes mi palabra.

— ¿Lo juraríais sobre los Evangelios?

—Desde luego. Te lo juro en el nombre de Dios.

Eva lanzó una mirada apesadumbrada a sus seres queridos. Se volvió después hacia el burgomaestre y musitó:

—Entonces... ¡sea lo que Dios quiera!

Heinrich Wögen dejó escapar un grito de triunfo y, agarrando a la joven por la cintura, la empujó fuera de la mazmorra. Ella se dejó conducir pero, cuando iba a salir de aquel sótano siniestro, exigió:

—Me disteis vuestra palabra. Ellos han de quedar en libertad.

El burgomaestre se apartó de su víctima, confiándola a uno de sus sayones, al que ordenó:

—Condúcela hasta mi aposento y quédate allí hasta que yo vaya.

—Lo que vos digáis, señor burgomaestre.

Con gesto autoritario, Wögen despidió a su sicario y a la prisionera, diciéndole a esta con una sonrisa hipócrita.

—Ve con él y espérame. Cuando me reúna contigo los tuyos ya estarán en libertad.

Eva inclinó la cabeza y obedeció.

El burgomaestre aguardó a que la joven hubiera salido del sótano para volver al calabozo y ordenar al otro sayón:

—Saca a la muchacha del cepo y llévala ahora al juez Bülder.

—Sí, mi señor. ¿Algo más?

—Desde luego...

Heinrich Wögen señaló entonces al matrimonio Zuckelmann.

—Notifica al reverendo Retzer que esa pareja está a su disposición. Son culpables de prácticas de brujería. Que él disponga de sus vidas.

El verdugo inclinó la cabeza en gesto de asentimiento, procediendo después a sacar a Anna Zuckelmann del cepo que la mantenía aprisionada. Wögen no se quedó para ver cómo cumplían sus órdenes. Él tenía prisa por ir a su alcoba para gozar a placer del cuerpo de la tan codiciada Eva.

El sayón manoseó a su antojo el cuerpo de la muchacha que debía conducir a presencia del juez Bilder, diciéndose:

—No creo que él note que la he sobado un poco... A fin de cuentas disfrutará arrebatándole la virginidad.

Y sonrió para su coleteo, añadiendo:

—Con eso de que ninguna virgen debe ser ejecutada, menudas bicocas tienen nuestros mandamases.

Luego, antes de abandonar la mazmorra, dirigió una mirada conmisericordiosa al matrimonio Zuckelmann.

—Qué poco se imaginaban esos dos que el tener dos hijas tan atractivas había de causarles la muerte, pero... ¡qué se le va a hacer! ¡Así es la vida!

CAPITULO 2

Lenta, muy lentamente, Eva levantó los párpados para mirar en torno suyo, comprendió que volvía a encontrarse dentro de aquel horrible calabozo. Le dolía todo el cuerpo como si hubiera sido sometida a tortura una vez más.

Y había sido torturada.

En el cuerpo y en su espíritu.

Violada en la carne y destrozada en el alma.

Ahora, al hallarse de nuevo en aquella maldita mazmorra, sabía que su sacrificio había sido en vano.

Sabía que aquel condenado ejecutor de brujas, que se hacía reverenciar como un justiciero implacable, había hecho ejecutar a sus padres. Y sabía también que su hermana Anna había sido mancillada por el vesánico y sádico juez Bülder, que luego, sin compadecerse de su juventud, la había entregado al cuerpo de guardia para que saciasen en ella sus instintos hasta la muerte.

—Todos han muerto... Los tres...

Un gesto de rebeldía animó a la muchacha que, sacando fuerzas de flaqueza, se irguió para mirar al enrejado ventanuco.

—Dicen que me he vendido a Satanás, pero si quienes nos maltratan y torturan, nos violan y asesinan, lo hacen en nombre de Dios... ¡prefiero servir al Diablo!

Eva Zuckelmann alzó sus brazos y extendió las manos hacia la luz que entraba en su mazmorra por aquella ventana enrejada.

— ¡Yo te invoco, Satán! ¡Acude a mí y protégeme!

Luego, como si se diera cuenta de que para ella no había salvación posible, clamó desesperada:

—Si no puedes salvarme de mis verdugos, si te estoy pidiendo un imposible, concédeme al menos un favor... ¡Véngame!

Con voz bronca, agitándose convulsas sus manos hasta engarfiarlas, ella gritó con mayor vehemencia:

— ¡Véngame, Satán! ¡VÉNGAME!

Un gemido sordo brotó de la garganta de la desesperada Eva Zuckelmann, para derrumbarse después en el suelo de su calabozo, agotadas ya sus fuerzas.

La mujer había dejado de llorar y de lamentarse.

Eva solo anhelaba vengarse.

Pero para que su odio encontrara satisfacción ella necesitaba tiempo y eso era, precisamente, lo que le faltaba.

Tiempo...

Sumida en aquella lóbrega mazmorra, Eva Zuckelmann estaba a la espera de que se consumara su destino, de que se cumpliera la sentencia que, a no dudarlo, debía haber sido dictada ya contra ella.

¿Qué podía esperar del fanatismo visceral de un hombre como el reverendo Heinz W. Retzer?... ¡Sólo la muerte!

¿Y qué harían el «honorable» juez Bilder y el poderoso burgomaestre de Grafeneck para silenciar a la única sobreviviente de la familia Zuckelmann?... ¡Matarla!

La muerte la acechaba de cerca, inexorable y fatalmente.

Sólo la esperanza de vengarse la mantenía aún con un hálito de vida.

Una esperanza que, para realizarse, debía contar con la ayuda del poder de las tinieblas, con el auxilio de Satán.

Por eso le invocaba.

Y por eso estaba dispuesta a ofrecerle el alma a cambio de la venganza.

CAPITULO 3

Gran número de personas de ambos sexos y todas las edades acudían en tropel a la Market Platz de Grafeneck. Con todo, a pesar de aquella afluencia de gente, no se oían los gritos chillones y discordes que se producen habitualmente en las reuniones populares. Era más bien un murmullo sordo, entremezclado de horror y de compasión.

Todos cuantos acudían a la plaza sabían que iba a producirse la ejecución de una mujer. Lo de menos era que la tal hubiera sido acusada de brujería. Se trataba de una joven y eso bastaba para la mayoría.

Los balcones de las casas que daban a la Market Platz estaban atiborrados de un público muy diferente. Allí se encontraban los más adinerados comerciantes y los nobles de Grafeneck, deshaciéndose en halagos con quienes detentaban el poder en la ciudad. Ellos reían, gastaban bromas y bebían «a la salud de esa condenada bruja a la que el fuego consuma».

En un balcón engalanado presidían la escena el burgomaestre, el juez Bilder y el reverendo Heinz W. Retzer. Los tres artífices del solemne acontecimiento que iba a costar la vida a una mujer.

Los dos primeros sabían que Eva era inocente de los cargos que se le habían imputado, pero eso no les preocupaba. Para algo tenían allí al fanático Retzer que respaldaría su acción y pondría punto final a sus crímenes.

El poder había de servirles para algo...

De pronto, se produjo el silencio en la multitud que llenaba la Market Platz.

Un silencio expectante, temeroso, compasivo.

En una mula, completamente desnuda, cabalgaba la presunta bruja camino de la hoguera situada en el centro de la plaza.

El sayón que tiraba del ronzal se detuvo delante de la pira. Junto a esta se hallaba ya el ayudante del reverendo Retzer, un joven pálido y delgado, con aspecto de asceta, que se disponía a auxiliar en los últimos momentos a la presunta bruja.

El pregonero de Grafeneck, obedeciendo a un gesto del burgomaestre, se subió a la pira para leer la sentencia condenatoria.

«Nos, Heinz W. Retzer, por la misericordia de Dios, comisionado para ser martillo de brujas y nigromantes, apóstatas y herejes, atendiendo a los datos conseguidos en el proceso incoado contra ti, Eva Zuckelmann, denunciada por realizar prácticas de brujería, acudir al Sabbath, y hacer pactos con el Maligno, consideramos que eres culpable de tales infamias, pese a no haber querido reconocerlas, y por ello se te condena a ser purificada con el fuego, a fin de evitar que te consumas por toda la eternidad en el del Infierno...»

Siguió el pregonero con las recomendaciones a la buena muerte, leyendo al final la fecha de la sentencia.

Una vez concluida su tarea, el hombre descendió de la pira, dejando que su puesto lo ocuparan los sayones y la víctima. Eva fue amarrada al poste que se alzaba en medio de la pira, sobre cuyos leños estaban apilándose haces de ramas secas para facilitar el fuego.

Rolf Eulen, sintiéndose enardecido por la proximidad del desenlace, alzó la voz para entonar unos salmos, que fueron interrumpidos por la voz iracunda de la condenada.

— ¡Calla ya, bastardo! ¡Déjame morir en paz!

El ascético Eulen se volvió hacia el balcón en que se hallaba su protector y superior, el reverendo Retzer, y señalando a la presunta bruja, gritó:

— ¡Está blasfemando! ¡Rechaza la palabra de Dios!

— ¡Sea ejecutada al instante! —vociferó el reverendo.

Obedientes a su imperativo mandato, los sayones acercaron las antorchas a los haces de ramas, en las que el fuego prendió a los pocos instantes.

Un alarido, un grito infrahumano, escapó de la reseca garganta de Eva Zuckelmann cuando las primeras llamas, que habían prendido en la hoguera, alcanzaron las plantas de sus pies.

El fuego fue creciendo poco a poco, ascendiendo por las ramas secas, cuyos haces se amontonaban alrededor del cuerpo de la mujer, hasta alcanzar su carne blanca y lujuriente para abrasarla.

El olor de la carne chamuscada infestaba el aire de la Market Platz.

Sin embargo, gran parte de los asistentes a la ejecución, espectadores voluntarios de la horrible escena, no parecían hallarse a disgusto; más bien se diría que disfrutaban aspirando con fruición aquella pestilencia y, sobre todo, escuchando los alaridos de la desdichada Eva.

La mujer se contorsionó para dirigir una furibunda mirada a las máximas autoridades de la ciudad de Grafeneck.

— ¡Malditos! ¡Acabad conmigo de una vez! —vociferó la mujer acusada de brujería y que, en su última noche en el calabozo, había invocado a Satán—. ¡Matadme! ¡Por compasión! ¡Tened piedad de mí...!

Horst Schanze, el jefe de la guardia, se volvió hacia el burgomaestre y le dirigió una mirada interrogativa. Le daba lástima aquella mujer, que incluso en un momento trágico como aquél se mostraba deseable y resultaba atrayente. Pero Heinrich Wögen, el hombre que tenía a su cargo los destinos de la puritana comunidad de Grafeneck, hizo un gesto displicente con la mano, como si apartase de su cara un mosquito enojoso y rezongó:

—No puede haber compasión para una bruja. Esta mujer ha sido juzgada y sentenciada. Se han cumplido todos los formulismos que exige la ley. Ninguno de nosotros, ni el juez, ni el reverendo Retzer, ni yo mismo, podemos cambiar un ápice de su destino. Todo está en orden. Eva Zuckelmann tiene que morir en el tormento y ser aventados sus restos a los cuatro puntos cardinales. De esa maldita hechicera no debe quedar el menor rastro. La raíz ha de ser arrancada de cuajo para que no prolifere su mala ralea —su tono se hizo conminatorio al añadir—: Que arda en la hoguera hasta que muera. A ver si ahora su dueño y señor puede salvarla. Ella es una sierva de Satán. ¡Que sea este quien la libere!

La última exclamación fue seguida de una carcajada. El jefe de la guardia se encogió de hombros, dando así por zanjada su intervención y, dirigiéndose a dos de sus hombres, gritó:

— ¡Stolze! ¡Weiss! ¡Echad más leña a la hoguera! —miró cómo le obedecían los dos soldados y murmuró para sí—: Ya tengo ganas de terminar.

Nuevos haces de ramas secas se agregaron a los que estaban ardiendo. Las llamas crecieron en tamaño.

También fueron en aumento los alaridos de la mujer que se contorsionaba en la hoguera. De su garganta escapaban unos gritos

espeluznantes, capaces de atemorizar a una fiera o de moverla a compasión. Pero quienes quemaban a Eva Zuckelmann no eran animales salvajes, sino seres humanos.

Hombres, que resultaban peor que las bestias feroces.

Entre las vaharadas de humo que la rodeaban, la bruja increpó a los responsables de su muerte en la hoguera.

—Lo que hacéis conmigo no tiene nombre. No merece perdón... Yo os emplazo ante un tribunal superior al vuestro, al de ese Dios que decís adorar... ¡A Él tendréis que rendir cuenta de vuestros crímenes! ¡No escaparéis al castigo a que os hacéis acreedores! ¡AL CASTIGO QUE MERECEÍS!

Con un esfuerzo sobrehumano Eva aulló:

—Ni vosotros ni vuestros descendientes os libraréis de la mano justiciera que ya os ha señalado. Mi maldición os perseguirá implacable a través del tiempo y de la distancia. ¡Y acabaré con vosotros y toda vuestra ralea!

El burgomaestre palideció. Igual le sucedió al juez Bülder. Solo el pastor Retzer permaneció impasible, abroquelado en su fanatismo. Sin embargo, los tres entendieron que la maldición de la bruja les estaba destinada a ellos, directamente.

Una maldición que era una condena.

Pero una condena que, en palabras de la bruja, ya moribunda, se extendería a lo largo del tiempo y a despecho de la distancia, castigándoles a ellos y a sus descendientes, de generación en generación.

— ¡Hacedla callar! —bramó el burgomaestre, señalando a la hoguera.

Horst Schanze asintió con un ademán. Volvió a llamar a sus soldados gruñéndoles para que cubriesen de leña a la bruja. Stolze y Weiss no se mostraron remisos en cumplir la orden y la hoguera creció en pujanza.

Las llamas ascendieron por el cuerpo de Eva Zuckelmann, convertido en pasto de aquel fuego voraz e implacable.

La mujer no alcanzó ya a ver a sus verdugos. Pero Eva sabía que estaban allí, recreándose en su muerte, contemplándola. Y aulló por última vez:

— ¡Malditos seáis todos hasta la séptima generación!

Después, un gemido bronco escapó de su abrasada garganta y exhaló el que sería su último suspiro.

Condenada por brujería, Eva Zuckelmann acababa de expirar.

Entonces, como si el Señor de las Tinieblas deseara manifestar su poder, una nube negra apareció en el horizonte y, empujada por un viento gélido, avanzó por el aire hasta envolver la abarrotada Market Platz.

Aquella nube densa absorbió en su negrura la pestilencia del ambiente invadiendo los pulmones de cuantos allí se hallaban.

Peste y negror envolvieron la pira, como si arropasen a la bruja muerta. Luego, cual si la empujase otra vez el mismo viento gélido que la transportara hasta allí, la nube se meció sobre los tejados de las casas de Grafeneck, para acabar posándose sobre una en la que una criatura estaba a punto de nacer.

EL DON Y EL PLACER DE MATAR

«En parte, sus sufrimientos eran físicos. Hubo días y aún semanas enteras en que una fiebre baja, pero casi constante, lo reducía a un estado de extrema debilidad. En otros momentos sufría de una suerte de parálisis parcial. Conservaba aún cierto dominio sobre sus miembros, mas cada movimiento le costaba enormes esfuerzos acompañados a veces por dolores. Cumplir las más pequeñas acciones constituía una tortura, y cada acto, el más insignificante y corriente, era un trabajo de Hércules».

ALDOUS HUXLEY

CAPITULO 1

Había luna llena. La noche era sofocante. Un calor denso y pegajoso, desacostumbrado en Grafeneck.

Katherine Shielen se incorporó en el lecho y miró a la cama en que dormía su hija, la pequeña Katja. Con rostro preocupado se levantó para acercarse y tratar de oír lo que la niña murmuraba en sueños. Inclínó la cabeza pero solo alcanzó a escuchar unas palabras ininteligibles.

—Parece tener una pesadilla... —murmuró.

La mujer puso su mano sobre la frente de Katja. Notó que la piel estaba ardiendo, como si tuviera fiebre.

— ¿Qué le sucederá?... ¡Dios mío!

El marido, Hans, despertó a su vez y miró a su esposa.

— ¿Qué estás haciendo?... ¿Le pasa algo a la niña?

—No lo sé, pero se queja mucho.

El hombre rezongó disgustado:

—Habrá cenado demasiado y le costará hacer la digestión. Te empeñas en atiborrarla de comida y ahí tienes el resultado.

Antes de darse la vuelta, Hans añadió:

—Déjate de pamplinas y vuelve a la cama. Y procura no despertarme otra vez. Mañana he de levantarme temprano. Yo trabajo, ¿sabes?

—Sí, claro. Perdona.

Sin embargo, Katherine se resistía a apartarse de la cama de su hija. Tenía los ojos fijos en la pequeña, que se movía en la cama presa de una extraña agitación.

«Daría cualquier cosa —pensó la mujer— por saber qué sueños o pesadillas son los que atormentan a la niña. No es natural que a los nueve años le suceda eso a menos que... Sí, a menos que una bruja le haya echado mal de ojo».

Esto último era lo que más preocupaba a la crédula Katherine.

Alguien podía haber embrujado a su hijita.

Pero... ¿por qué y para qué?

¿Quién podía querer mal a una niña de aspecto tan angelical?

CAPITULO 2

—Oye mi voz y no te sorprendas, Katja. Eres el instrumento elegido para iniciar mi venganza. Tú has sido elegida desde el Más Allá y tendrás a tu alcance poderes insospechados por los simples mortales.

««No debes extrañarte por lo que te digo, pequeña.

««En el momento en que yo moría, víctima de unos hombres malvados, tú te disponías a nacer, y mi espíritu pudo pasar hasta ti saltando desde la hoguera en que se consumía mi cuerpo hasta el tuyo que estaba a punto de cobrar vida. De ese modo, yo nacía también a una nueva existencia.

««Desde entonces he dejado que crecieras, sin que te molestara ni exigiera nada de ti. Pero ha llegado el momento de pasar a la acción y tú eres la encargada de que así sea.

««Cuento a mi favor con todo el tiempo que precise para castigar a los culpables de mi muerte, alcanzando a sus descendientes hasta la séptima generación. Pero eso solo me será factible con aquellos que engendren hijos. A los otros debo eliminarles antes.

««Por eso requiero ahora tu ayuda, porque en el libro del destino está escrito que dos de esos hombres no pueden tener hijos que lleven su apellido. Por eso han de morir de inmediato.

««Con ellos no debo perder tiempo.

««Mañana mismo, sin más tardanza, te pondrás en movimiento y obedecerás puntualmente todas mis órdenes. De ese modo, gracias a ti, a través de tu cuerpo, de los actos que realices, esos dos hombres serán los primeros en caer. Los primeros en sufrir los efectos de mi venganza.

««No temas por las consecuencias de tus acciones. Dada tu juventud y aparente inocencia estás a salvo de cualquier sospecha.

««Nadie en todo Grafeneck será capaz de recelar de una niña de nueve años.

««Ésa será una ventaja adicional para nosotras y mis propósitos.

««Es materialmente imposible que haya en la ciudad alguien capaz de adivinar la verdad: que tú eres el brazo ejecutor de la venganza que he concebido y proyectado en el Más Allá.

«Y ahora atiende a mis instrucciones, Katja. No deberás apartarte ni un ápice de ellas. De ese modo, el éxito coronará nuestros esfuerzos. Los tuyos y los míos. Abre, pues, tu cerebro para que mis órdenes queden impresas en él.

CAPITULO 3

Al abrir los ojos, Katja sintió que las sienes le latían con fuerza. Un extraño sopor nublabla su cerebro y experimentaba un fuerte dolor de cabeza. Por unos instantes, permaneció tendida en la cama, sin hacer el menor intento por levantarse. Oyó el trajinar de su madre en la cocina y que esta la llamaba para que fuese a desayunar.

Como si le costara un tremendo esfuerzo, Katja logró incorporarse y saltar de la cama. Se puso una falda amplia y la blusa blanca con los adornos de cintas rojas y, después de lavotearse la cara, pasó a la cocina.

Katherine miró preocupada a la pequeña.

— ¿Cómo te encuentras? —le preguntó.

—No me encuentro muy bien, mamá. He pasado muy mala noche.

—Te oí removerte en la cama y hablar en sueños. Por lo visto tenías alguna pesadilla.

—Sí, mamá. Eso creo.

La mujer puso ante la muchacha un enorme tazón con leche y unas rebanadas de pan, junto a dos platillos, con mantequilla y mermelada.

—Toma, come... Estás en la edad de crecer.

Luego, mientras la chiquilla la emprendía con el pan y la mermelada, preguntó con fingido aire de indiferencia:

— ¿Recuerdas qué soñaste?

La muchacha, que acababa de mordisquear la rebanada, quedó un momento en suspenso. Frunció el entrecejo como si hiciera un esfuerzo para recordar, pero acabó denegando con un gesto de cabeza.

—No me acuerdo de nada, mamá.

Katherine pareció tranquilizarse un tanto al oír aquella respuesta. Con gesto maternal acarició los rubios cabellos de su hija y preguntó:

— ¿Todavía te duele la cabeza?

—Un poco... sí.

La mujer siguió acariciando la rubia cabellera y musitó:

—Será mejor que hoy no vayas al colegio. ¿Por qué no das un paseo? Ve hacia el río y distráete.

Los ojos de la niña brillaron ilusionados.

—Sí, mamá... ¡Gracias, mamá!

Después, sin esperar a terminar su desayuno, Katja corrió hacia la puerta de la casa y salió de ésta.

La luz del sol hirió los ojos de la chiquilla, que había empezado a caminar en dirección al cercano río. Sin embargo, algo más fuerte que ella, un poderoso impulso, la hizo desviarse y, volviendo la espalda al campo, se encaminó hacia la Altstadt, la ciudad vieja.

En el cerebro de Katja, sin ella proponérselo, se estaban concretando unas órdenes imperiosas: «Irás a la calle de los Herreros. Buscarás el número catorce de la Schmiedstrassen. Corresponde a una casa de dos pisos, con varias ventanas y un mirador con tejadillo rojo. La puerta es de madera labrada y tiene un llamador de bronce con forma de martillo. No hay otra que se le parezca, por lo que no puedes equivocarte».

Katja obedeció maquinal, pero puntualmente, las instrucciones recibidas durante el sueño.

Localizó la casa y se situó después en la acera de enfrente para esperar a que llegasen los hombres que debía espiar.

Antes de que hubiera transcurrido un cuarto de hora, apareció en la calle el reverendo Heinz W. Reiter, seguido de cuatro de sus sayones.

Los cinco hombres se detuvieron delante de la casa, a la que señaló el Pastor diciendo a su gente:

—Dos vendréis conmigo. Los otros dos os quedaréis en la puerta para impedir que entre o salga nadie de su interior.

Con el índice señaló quiénes tenían que acompañarle y, utilizando una llave que sacó de su faltriquera, se adentró en la casa, dejando en la puerta a los dos sayones encargados de la vigilancia.

Katja supo que aquél era el momento de pasar a la acción.

Sin dar muestras de vacilación, la chiquilla cruzó la calle y se acercó a la puerta guardada por los dos sayones.

— ¿A dónde vas? —preguntó uno de ellos.

—A jugar... Me gusta mucho.

Los sayones se echaron a reír y uno de ellos puso su manaza en el hombro de la niña, percibiendo la tibieza de aquel cuerpo aún núbil.

—Este no es sitio para juegos —le dijo mirándola libidinoso—. ¡Ojalá lo fuese! ¡Te aseguro que jugaría contigo muy a gusto!

—Toma, y yo —terció el otro—. Pero el Pastor Retzer nos ha dado unas órdenes muy estrictas y...

La chiquilla miró con cierta picardía a los dos sayones.

—Al Pastor le gusta mucho jugar conmigo —dijo interrumpiendo al que estaba hablando—. ¿Queréis que juegue también con vosotros?

Mientras les hacía aquella proposición, Katja se había aproximado más a uno de ellos, acariciándole de un modo tan incitante que el

hombre no pudo resistir la tentación. Miró a su compañero y, con voz bronca, le preguntó:

— ¿Qué opinas tú?

El aludido respondió con un gesto de asentimiento.

—El reverendo se lo tenía muy callado, pero si él juega con este bombón de criatura... ¿por qué hemos de ser menos nosotros?

—Tienes razón, pero será mejor que entremos en el portal.

—De acuerdo —y empujando a la muchacha hacia el interior, le dijo—: Ven, preciosa, jugaremos los tres...

Katja sonrió triunfante al tiempo que cruzaba el umbral. Los dos sayones la siguieron con premura, ansiosos de ponerle las manos encima.

En ese preciso instante, del piso superior llegaron unos gritos amenazantes entremezclados con alaridos de muerte.

Los dos sayones se miraron indecisos, pero Katja, señalando a lo alto de la escalera, exclamó:

— ¡El Pastor ha gritado! ¡Deben de estar matándole!

Para los dos individuos, aquélla era una llamada al deber. El hombre al que servían estaba en peligro y ellos tenían la obligación de defenderle. Se olvidaron de la chiquilla y corrieron escalera arriba.

Katja volvió a sonreír.

La voz que durante el sueño le diera las órdenes contaba con que sucediera aquello. Por eso le había advertido sobre lo que debía hacer cuando llegara la ocasión: «Debajo de la escalera hay un hueco donde se guardan yesca, pedernal y unas antorchas. Las encenderás dejando una adosada a la pared, otra la colocarás en la barandilla y la tercera la pondrás en medio de la escalera. Después, te irás de la casa cerrando la puerta detrás de ti con una llave que encontrarás colgada de un clavo al lado de aquélla. Y una vez estés en la calle, corre hasta llegar a la primera esquina. Solo cuando estés allí podrás detenerte».

La muchacha hizo todo tal y como se le había ordenado en el sueño.

Encendió las antorchas, cerró la puerta con llave y corrió hasta ganar la esquina en que podía considerarse a salvo.

Transcurrieron todavía unos minutos hasta que cundió la alarma en la calle de los Herreros. El fuego que asomó al exterior en el número catorce de la Schmiedstrassen se intensificó por momentos, obligando a los ocupantes de las casas vecinas a abandonarlas con premura.

La gente se agolpó en la calle contemplando la pavorosa hoguera, sin que nadie pensara en intentar extinguirla.

—Anoche vi entrar al reverendo Eulen que, como siempre, iba a pasar la noche con la viuda Baumerz.

—Debieron olvidar algún candil...

—Quizá fue otra cosa —dijo una comadre—, porque hace un rato, cuando volvía de la panadería, vi al Pastor Retzer con cuatro de sus hombres. Seguro que iba a sorprender a su auxiliar y a castigarle.

—Pues, en ese caso —rezongó uno de los vecinos—. Él y su gente también han sido castigados. De la casa no ha salido nadie y arde por los cuatro costados.

—Habrá que avisar al burgomaestre.

— ¿Para qué, comadre? —replicó otro vecino—. Ahí solo se encontrarán cadáveres carbonizados.

La tendera que sabía lo del lío de Eulen y la viuda, se santiguó apresurada mientras musitaba:

—Quizá sea una venganza de las brujas... ¡Quemaron a tantas ellos dos!

Un silencio sepulcral acogió aquellas palabras.

Los ojos de todos los presentes siguieron fijos en la casa que continuaba ardiendo, pero ya empezaba a desmoronarse. Primero fue el tejado el que se hundió, avivando la hoguera en el interior. Después fueron los muros, uno tras otro, derrumbándose también hacia adentro.

Resultaba sorprendente, extraordinario, pero las casas contiguas a la siniestrada permanecían incólumes. Sin que el incendio las hubiera alcanzado.

Esa circunstancia hizo que la opinión de la tendera cobrase mayor verosimilitud y fuese repetida de boca en boca. En voz baja. Como si nadie se atreviese a exteriorizar sus pensamientos.

—Han sido las brujas...

—Ellas han quemado a sus más enconados perseguidores.

—Las brujas se han vengado.

Nadie tuvo ánimos para alejarse de allí. Los vecinos de la Schmiedstrassen permanecían como clavados en la calle. Mirando y en silencio.

Desde la esquina en que se encontraba. Katja asistió al desenlace de la acción que ella, impulsada desde el Más Allá, había desencadenado.

La joven levantó la cara para mirar al cielo y sus labios se movieron para susurrar:

—He cumplido cuanto me ordenaste... Eva Zuckelmann.

Después, Katja dio media vuelta y se alejó de la calle de los Herreros con paso tranquilo. Su rostro no acusaba el menor trastorno. Parecía tan angelical como antes de cumplimentar el primer acto de la venganza de la bruja. Pero en su boca se había petrificado una sonrisa.

La sonrisa glacial de la venganza consumada.

CAPITULO 4

Elsa Stolze contemplaba la nieve. Un torrente continuo empujado por fuertes ráfagas de viento. Los tejados de las casas y el campo se veían cubiertos por aquel blanco sudario. Las calles de Grafeneck y los caminos quedaban ocultos por la ominosa blancura.

El rostro de la mujer expresaba preocupación. Temor.

— ¡Cuánto tarda en regresar Gerd!

El murmullo de su voz llegó hasta el muchacho que, en un rincón de la cocina, estaba convirtiendo un grueso tronco en pequeñas astillas. El chico alzó la cara para mirar a su madre.

— ¿Por qué te preocupas tanto? —preguntó.

— Porque tu padre debería haber vuelto antes de que empezara la tormenta.

— ¡Bah! Padre conoce bien estos parajes y esta no será la primera ni la última tormenta que soporte en camino abierto. Ya no tardará en venir.

— Es que se retrasa demasiado...

— Ya sabes lo que dice siempre: cosas del servicio.

— Sí, claro, pero desde que le ascendieron a sargento apenas tiene un momento libre para pasarlo con nosotros. Y hoy...

— ¿Qué pasa hoy, madre?

La mujer se santiguó mientras decía con voz temblorosa.

— Es la víspera de Todos los Santos.

— ¿Y qué, madre?

— Es una noche de malos presagios. Dicen que las fuerzas del Maligno vagan a su antojo y hieren o matan a quienes tienen la desgracia de encontrarse en su camino.

El chico se encogió de hombros, despreciativo.

— Todo eso no es más que una superstición. ¡Tonterías!

— No, Klaus. Aunque tú no lo creas, esas cosas suceden en la realidad.

La mujer pasó por alto la sonrisa irónica de su hijo y miró otra vez al camino a través de los cristales empañados de la ventana. Luego añadió:

— Mira, sin ir más lejos, hace cosa de doce años en la Market

Platz fue quemada una bruja que maldijo a los culpables de su muerte.

— ¿Y qué?

—El reverendo Retzer y su auxiliar murieron abrasados hace solo tres años. ¿Te das cuenta? La maldición de la bruja se cumplió.

El joven Stolze soltó una carcajada.

—Se ve que tu bruja tiene paciencia, madre. Tardó nueve años en achicharrar a esos dos que, dicho sea entre nosotros, merecían la muerte por fanáticos e implacables.

Elsa miró a su hijo aterrada y musitó:

— ¿Es que no lo comprendes, Klaus? ¡Tu padre era uno de los soldados que ayudaron a matar a la bruja!

El muchacho volvió a encogerse. Dio unos pasos para situarse junto a su madre y miró a su vez por la ventana.

—Hace una noche de perros —murmuró—, pero si eso ha de tranquilizarte, saldré en busca de padre. Y no temas —añadió adelantándose a las protestas de su madre—, no me perderé y regresaré a casa con él.

Elsa Stolze no quiso llevarle la contraria, a pesar de que no las tenía todas consigo misma. Le ayudó a ponerse la pelliza de cuero, forrada de piel, y mientras él se encasquetaba el pasamontañas le pidió que fuese prudente.

—No temas, madre. Iré con los ojos bien abiertos.

El joven abrió la puerta, recibiendo en plena cara una bofetada de aire gélido y el azote de la nieve. Luego cerró cuidadosamente a su espalda y avanzó decidido para sumergirse en la negrura de la tempestuosa noche.

Una noche en la que las fuerzas siniestras del Mal campaban libremente y en la que lo inconcebible, lo sobrenatural, podía hacerse realidad.

CAPITULO 5

—Estás creciendo muy deprisa, Katja —musitó el magistrado, acariciando el rostro terso y angelical de la muchacha, que le miraba con sus enigmáticos ojos verdes como invitándole a continuar—. Cada día que pasa eres más bonita y a tus doce años ya pareces casi una mujer. ¡Una preciosa y deliciosa mujercita!

Katja sonrió visiblemente halagada.

—Los buenos ojos con que usted me mira, señor juez.

— ¡Por Dios! —protestó él, vehemente—. No me trates de modo tan ceremonioso. Soy un viejo amigo de tu familia.

—Amigo ya sé que lo es, pero ¿viejo?... ¡Usted no es viejo, señor juez!

Él replicó forzando una mueca vagamente parecida a una sonrisa.

—Gracias, Katja, pero deja de llamarme así. Para ti quiero ser un buen amigo. Hacerme merecedor de la confianza que me otorgó tu padre antes de su muerte. Llámame... tío. Eso es, tío.

Katja le obsequió con una de sus mejores sonrisas. El magistrado clavó sus ojos concupiscentes en la flor de aquellos labios finos pero sensuales, y se encalabrinó como si se hallara ante un fruto prohibido.

La muchacha era para él un delicioso fruto en agraz.

Katja se acercó a la amplia ventana y miró al exterior. En su rostro apareció una expresión preocupada.

—Cada vez nieva con más fuerza. Tendré que irme.

— ¿Ya?

—Sí, señor juez... digo, tío Wolfgang.

Él habló atropelladamente. Con la vehemencia de sus deseos acicateados por la turbadora proximidad de Katja.

—Puedes quedarte aquí, en casa. Esperaremos a que pase la tormenta y, luego, yo mismo te acompañaré.

Katja quedó pensativa, como si meditase sobre aquella proposición. El magistrado se apresuró a insistir, pero ella movió la cabeza, negativamente.

—Mi madre se preocuparía mucho —dijo—. Desde que enviudó solo me tiene a mí. No puedo dejarla sola tanto tiempo.

—Como quieras —replicó él de mala gana.

El juez Bülder se apartó de la ventana y dio unas palmadas. Al instante acudió uno de sus sirvientes.

—Acompaña a la señorita Katja hasta su casa.

— ¿Ahora, señoría?

El juez exigió:

— ¡Sí, ahora!

—Como mande su señoría.

El criado salió de la estancia maldiciendo *in mente* contra el juez y la mala suerte que le obligaban a salir en una noche tan destemplada como aquélla. Se equipó convenientemente y, provisto de una antorcha, acudió al portal donde le esperaban ya el magistrado y la muchacha.

Sin decir palabra, el sirviente abrió el portalón observando rabioso la nieve que cubría la calle casi por completo. Alzó la antorcha para iluminar el camino y la joven salió tras él, apretando el paso para caminar a su lado.

El hombre marchaba despacio, atento a donde ponía los pies para no dar un paso en falso. Eso impidió que viera la expresión de triunfo que acababa de fijarse en el rostro angelical de la joven Shielen.

Katja tenía el pensamiento fijo en la misión que le había sido impuesta la noche anterior, a través de un sueño. Por esa razón, sus gestos y movimientos eran maquinales, instintivos, igual que podrían serlo los de un autómatas dirigido a distancia por control remoto.

Al doblar la esquina de la siguiente calle, Katja vio unas luces que reverberaban en la nieve del suelo. Un oscilante anuncio de madera indicaba que allí estaba el figón «Die Rotwildschwein», el jabalí rojo.

Sin mirar a su acompañante, Katja exclamó:

— ¡Qué bien debe de estar ahí dentro! —añadiendo antes de que el hombre pudiese hacer el menor comentario—: A mi padre le encantaba venir los sábados y los domingos. Decía que lo pasaba mejor que en ningún otro sitio de Grafeneck.

—Sí, es un lugar muy acogedor —murmuró el criado, tras lanzar una ojeada al establecimiento, al tiempo que dejaba escapar un gruñido de asentimiento y de disgusto entremezclados.

Katja sonrió como si el sirviente hubiera dicho justo lo que ella esperaba. Se giró hacia él y mirándole de frente le espetó:

— ¿No preferirías quedarte en vez de seguir acompañándome?

— ¡Ya lo creo! ¡Eso ni se pregunta! —exclamó él espontáneamente para rectificar luego presuroso—. Pero el señor juez me ha ordenado que la lleve a usted a su casa y...

— ¡Bah! Ya estoy muy cerca. Por mí, si quieres, puedes quedarte y tomar unos tragos. Te aseguro que no le diré nada a tío Wolfgang.

El sirviente la miró dubitativo. No se decidía a aceptar la tentadora proposición. Pero Katja, con la mejor de sus sonrisas, le

empujó suavemente hacia la puerta del figón.

—Anda, no seas tonto y quédate.

La tentación era demasiado grande para un simple criado.

— ¿Me da su palabra de que no se lo dirá al juez Bilder?

— ¡Lo juro!

Sin vacilar ya, el sirviente entró en «Die Rotwildschwein», en tanto que Katja se alejaba a paso rápido calle abajo.

La muchacha ganó la esquina y, desde ésta, se volvió para mirar atrás. Las luces del figón seguían reflejándose en la nieve. La calle se veía ahora completamente desierta. Katja curvó sus finos labios en una mueca, que rezumaba crueldad y, mirando al cielo, murmuró.

—Ya voy, Eva... Ya voy.

Luego, con paso firme, Katja se desvió del camino que llevaba a su casa para dirigirse al campo, en donde una especie de sexto sentido le decía que encontraría a los Stolze, padre e hijo.

CAPITULO 6

Gerd Stolze caminaba como obsesionado. Tenía la pavorosa impresión de que las ramas de los árboles se dirigían hacia el suelo para impedirle seguir avanzando. Era una sensación extraña, que acrecentaba la angustia de sentirse vigilado, acosado por fuerzas sobrenaturales.

El antiguo soldado miró en torno suyo. Desconcertado.

—Yo me preciaba de conocer estos parajes, pero hoy... No sé qué me sucede. Siento como si estuviese en otro lugar, en otro mundo.

Vacilante, Gerd Stolze se apoyó en el rugoso tronco de un árbol. La nieve depositada en las ramas cayó sobre él como un alud.

— ¡Maldita sea! —exclamó furioso—. ¡Esto parece cosa de brujas!

No hizo más que pronunciar aquellas palabras cuando Gerd creyó oír en el bosque el eco de unas carcajadas siniestras, amenazadoras.

Desencajado, con los labios exangües, el exsoldado vociferó:

— ¿Quién anda por ahí?... ¿Quién se está riendo?

Las carcajadas volvieron a dejarse oír, solo que ahora parecían brotar de todas partes, en derredor de él, debajo de sus pies, entre las ramas encima de su cabeza; rodeándole con opresión asfixiante.

Sin poderlo remediar, Gerd Stolze se dejó caer de rodillas. De su garganta se escapó un gemido profundo, lastimero, prolongado.

El gemido de una bestia atrapada en una trampa.

El viento sopló con renovada fuerza agitando la nieve y produciendo unos remolinos que azotaban la cara del exsoldado.

—Parecen llamas blancas... —murmuró.

Y como si efectivamente fueran llamas, entre ellas vio un rostro congestionado y amenazador.

El rostro de Eva Zuckelmann.

Gerd Stolze se llevó las manos a la cara, tapándose los ojos para no seguir viendo aquel rostro convulso, que vomitaba imprecaciones, que maldecía a sus verdugos, entre los que se encontraba él.

—Yo solo cumplía órdenes —musitó—. Tenía que obedecer. No podía impedir que te matasen.

Las carcajadas siniestras volvieron a dejarse oír.

Enloquecido, Gerd Stolze se puso en pie y echó a correr sin

dirección fija. Él solo pretendía escapar de aquella horrible visión y de las risotadas que continuaban cercándole, acosándole implacables.

En ese instante, vio aparecer ante él una silueta frágil y diminuta. La de una chiquilla de rostro angelical.

— ¡Sálvame, pequeña! —gritó corriendo hacia ella, con los brazos extendidos—. ¡No dejes que me maten!

Katja le miró acercarse y su rostro se tornó cruel.

El hombre se detuvo en seco, como si acabara de ver ante él la encarnación de aquella bruja a la que había contribuido a quemar. Echó por delante sus brazos y, oponiendo las palmas de sus manos a lo que ya creía era una visión de ultratumba, aulló desesperado:

— ¡Aléjate de mí, engendro del Averno!... ¡Vete, bruja maldita!... ¡VETE!

En vez de obedecerle, Katja avanzó hacia él.

— ¡La maldición de Eva Zuckelmann te ha alcanzado! —le dijo con aquella su voz suave y casi infantil—. Tienes que morir... y también tu hijo.

Gerd Stolze alzó sus manos en gesto de súplica.

—No, mi hijo no. ¡Klaus no te hizo nada!

Implacable, la pequeña Katja, reencarnando a Eva Zuckelmann, afirmó:

—Todos cuantos fuisteis causa de mi muerte pereceréis sin que el tiempo me lo impida. Mi venganza caerá sobre vosotros hasta la séptima generación. ¡Ninguno de vosotros conseguirá escapar, ni vuestros descendientes tampoco!

Gerd Stolze agachó la cabeza y hundió el rostro en la nieve, a la espera del golpe fatal que acabara con su vida, con sus angustias.

Pero aún tuvo ocasión de oír a Katja.

—Tu hijo Klaus viene hacia aquí... Ya está cerca...

Gerd emitió un gemido para protestar, pero fue lo último que hizo en su vida. Cayó de bruces en la nieve como fulminado por un rayo.

Así le encontró Klaus cuando llegó al lugar donde le aguardaba Katja.

— ¿Has visto a mi padre? —preguntó a la muchacha.

Ella señaló el cadáver.

El joven se abalanzó sobre el cuerpo sin vida del hombre que le había dado el ser. Lo apretó contra su pecho y, entre lágrimas, preguntó a Katja:

— ¿Le viste morir?

—Sí.

— ¿No pudiste hacer nada para evitarlo?

Una mueca sardónica curvó los finos labios de Katja. La expresión de su rostro se tornó diabólica al responder.

—Si podía, pero no debía evitarlo. Al contrario, yo tenía y tengo

la obligación de llegar hasta el final.

Klaus la miró sorprendido. Horrorizado.

— ¿Qué dices? —balbuceó—. ¿Te has vuelto loca?

Ella negó con movimiento de cabeza. Katja continuó mirándole con fijeza amenazante, de hito en hito. Parecía bucear en sus pensamientos para calibrar así todo el horror que él experimentaba en aquel instante. Después, su voz suave se tornó incisiva al hablar.

—Tu padre ayudó a matar a una mujer inocente. Por eso fue maldito y sentenciado. Y la venganza que se ha fraguado en el Más Allá alcanzará a todos los culpables de aquel crimen. Pero la maldición os alcanza a todos los Stolze. No ha de quedar vivo nadie de vuestra mala ralea. Por eso, después de morir él ha llegado tu turno. Tú también estás maldito y has sido condenado a morir... ¡Ahora!

Antes de que Klaus pudiera decir ni hacer nada, Katja levantó sus brazos. Con aquel gesto parecía pedir ayuda. Entonces, a modo de respuesta, la nieve acumulada en las ramas de los árboles se precipitó hacia el suelo, en alud, sepultando al joven Stolze.

Durante unos instantes, el enorme montón de nieve se agitó. El muchacho que estaba debajo pugnaba por escapar a la pesada y densa losa sepulcral.

Los esfuerzos de Klaus fueron vanos. El muchacho no consiguió abrirse paso entre la nieve que le oprimía.

Así murió el último de los Stolze, abrazado al cadáver de su padre, quedando cubiertos ambos por la pétrea blancura de un sudario natural, cuando ellos dos habían sucumbido al siniestro poder de una fuerza sobrenatural, al poder de una mujer que se vengaba desde el Más Allá.

CAPITULO 7

—Feliz cumpleaños, Katja.

—Gracias, tío Wolfgang.

—Tengo un regalo para ti.

— ¿Un regalo? ¿De veras? —preguntó ella con ojos brillantes de ilusión.

—Sí, Katja. Ya me dirás si te gusta.

La muchachita sonrió al magistrado, que la retenía abrazada contra su cuerpo sarmentoso y procuraba besar de cuando en cuando la tersura del rostro angelical, manchándolo con sus labios caducos y lujuriosos.

—Estoy segura de que será algo muy bonito —replicó ella, sin parar mientes en la caricia furtiva que una de aquellas manos iniciaba en su vientre—. ¿Es que no va a dármele?

—Sí, claro... Te lo daré ahora mismo. Ven conmigo.

El juez Bülдер cogió de la mano a la joven para conducirla hacia su dormitorio, mientras iba hablándole en tono falsamente paternal.

—Ya eres toda una mujercita...

La voz untuosa del magistrado se quebraba casi al dejar él resbalar su mirada lúbrica por el escote de la blusa, que mostraba generosamente el nacimiento de un busto juvenil, de comprometedoras turgencias.

—... por eso he pensado que lo mejor que podía regalarte era un vestido. Un precioso vestido que podrás lucir en las fiestas de Grafeneck.

La muchacha palmoreo de entusiasmo y entró con el juez Bülдер en la alcoba de este sin manifestar el menor recelo. Katja corrió luego hacia la cama, sobre la que se veía extendido el vestido nuevo, que cogió ilusionada y colocó encima de su cuerpo, como si ya lo estuviese probando.

— ¿Qué? ¿Te gusta mi regalo?

— ¡Muchísimo, tío Wolfgang! —exclamó Katja—. ¡Es el vestido más bonito y lujoso que he visto en toda mi vida!

Él se frotó las manos complacido y ya se disponía a hacer una insinuación para propiciar la satisfacción de sus deseos, cuando ella,

inocentemente, pidió:

—Me gustaría probarlo ahora... ¿Me deja, tío Wolfgang?

De modo casi instintivo, el juez dirigió una mirada a la puerta de su aposento. Estaba cerrada, pero... quiso asegurarse de que nadie le podría interrumpir cuando llegase el momento crucial.

—Claro que te dejo —dijo forzando una sonrisa al responder a la petición de la muchacha. Pero antes de que ella pudiese hacer nada, el magistrado se apresuró a correr el pestillo interior de la alcoba—. También a mí me encantará vértelo puesto.

En ese momento la sonrisa inocente de Katja se cambió por aquella otra que tenía reminiscencias diabólicas.

La muchacha se colocó de espaldas a Wolfgang Bilder y con gestos lentos, pausados, fue despojándose de su sencillo vestido de campesina. La ropa cayó a sus pies resbalando a lo largo de su cuerpo incitante, que se mostraba así, en todo su esplendor, a los ojos concupiscentes del magistrado.

Las manos de Wolfgang Bilder se engarbaron hasta parecer las zarpas de una fiera. El hombre trataba de contener el impulso que le empujaba a abalanzarse sobre la que veía como una víctima propiciatoria. Tenía los ojos desorbitados, clavados en aquella carne tersa, que se le ofrecía como una tentación viviente. Y de su boca resbalaba la saliva por la comisura de los labios, como si anhelase posarse en la de la muchacha, en sus senos, en el vientre, en todo el cuerpo de Katja.

Ella cogió el vestido y poniéndolo ante sí, como una pantalla que velara sus encantos, preguntó en tono de falsa inocencia:

— ¿Cree que me estará bien, tío Wolfgang?

Él tragó saliva antes de responder afirmativamente.

—Puedes estar seguro de ello, queridita mía, pero antes...

Las garras del juez se extendieron para apresar a la muchacha. Una se cerró en la cintura mientras la otra se apoderaba codiciosa de uno de los preciosos senos. Al mismo tiempo, Bilder empujó a la joven hacia la cama sin molestarse ya en fingir cuáles eran sus verdaderos propósitos.

—Antes quiero que seas mía. ¡MÍA!

Katja no opuso resistencia cuando él la derribó en la cama y se abalanzó sobre su cuerpo desnudo. Al contrario. Ella misma se ciñó a él, apretándose contra el magistrado, que dejó escapar un bramido de bestia en celo, rugiendo de placer anticipado.

Pero el juez no acertó a ver cómo la que él creía una muchacha inocente e indefensa se apoderaba de la daga que llevaba siempre al cinto.

Bilder estaba enloquecido por la joven que pensaba tenía a su merced.

Fue solo cuando la afilada punta de la daga se hundió en su espalda que Wolfgang Bülder supo —demasiado tarde ya para impedirlo— que su destino fatal se estaba cumpliendo, que le había llegado la hora final.

De la garganta del magistrado brotó una bocanada de sangre sucia, negra. Tan sucia y negra como su alma. Sus ojos miraron agónicos a los de Katja, que había pasado de víctima inerme a vengadora implacable.

Entonces, en los últimos instantes de su vida, mientras Katja manejaba la daga con la precisión de un consumado matarife y le emasculaba, cortándole su agresiva virilidad, él vio que el rostro de la muchacha se transformaba convirtiéndose en el de una mujer que le había estado persiguiendo en sueños.

— ¡EVA ZUCKELMANN! —aulló.

Y el juez murió entre los espasmos agónicos de la desesperación.

INTERLUDIO

«¡Oh amiga y compañera de la noche,
tú que te solazas en el ladrido del perro
y en la sangre derramada,
que vagas entre las sombras de las tumbas
y ansias la sangre
y traes el terror de los mortales,
Gorgo, Mormo, luna de mil caras,
mira con ojos favorables
los sacrificios que te ofrecemos!»

FÓRMULA MÁGICA GRIEGA

CAPITULO 1

El huracán de la guerra se había desencadenado sobre el país. Jinetes apocalípticos cayeron como trombas sobre pueblos y aldeas. El robo y el pillaje eran su ley. Lanzas y espadas se tiñeron con la sangre de quienes trataban de oponerles resistencia. Cayeron los hombres defendiendo sus tierras y hogares. Las mujeres eran violadas por la soldadesca desenfrenada, que colmaba su sed de sangre degollando o destripando a niños y ancianos.

Grafeneck y los villorrios cercanos fueron asolados.

La muerte, la miseria y el hambre reinaron por doquier.

Los muertos podían descansar, pero los sobrevivientes tenían que seguir soportando aquellos días de pesadilla.

Las pocas personas que aún vivían, deambulaban por las calles de la destruida Grafeneck, buscando su pitanza como lobos hambrientos. Perros, gatos, ratas... Cualquier animal era comestible para ellos.

Todo con tal de mitigar el hambre.

Entre las ruinas, los sobrevivientes se movían como fantasmas, prestos a ocultarse al menor ruido, pero también a atacar a quien diese señales de debilidad. Los seres humanos, una vez muertos, también eran comestibles.

En las sombras del anochecer se adivinaban ojos fosforescentes, espiando un adarme de vida, una posibilidad de supervivencia.

Katja se deslizó trabajosamente entre unas piedras y miró en derredor antes de decidirse a abandonar su escondrijo.

Hasta ella llegaba el olor inconfundible de la carne asada. Se relamió y escrutó el terreno. Se sentía abandonada por aquellas fuerzas que le habían permitido sobrevivir hasta ese instante.

—No puedo contar con nadie... Con nadie más que conmigo misma.

Katja se sentía igual que un animal indefenso, vencida por una suerte cada vez más ciega, por un destino fatal.

Su belleza le había valido librarse de morir, pero no de ser violada diez y un sinfín de veces.

¿Era aquélla la protección que podían dispensarle los poderes del Averno? ¿Era así como la ayudaba aquella Eva Zuckelmann que le

daba órdenes?

Ahora su mente no recibía ningún mensaje. A su cerebro no llegaba más que un silencio opresivo y deprimente.

El aroma de la carne la hizo salivar con profusión y olvidar aquellas elucubraciones que no conducían a nada práctico.

—Alguien tiene comida... —musitó y se pasó la lengua por los labios como si ya degustara el sabor de la carne y de la sangre fresca—. ¿Por qué no ha de querer compartirla conmigo?... Puedo ofrecerle mi cuerpo a cambio. Y si no quiere... ¿Por qué no he de arrebátársela por la fuerza? Quizá sea más débil que yo.

Con gesto fiero agarró una piedra y la sostuvo en la mano, presta a utilizarla en caso de necesidad.

Entonces le llegó el aviso.

Inesperado y tardío.

«¡Detente, Katja! ¡No sigas adelante! ¡Vas a caer en una trampa mortal! ¡Quieren cazarte para comerte!... ¡DETENTE, KATJA!»

Las palabras de Eva Zuckelmann resonaban como gritos dentro del cerebro de Katja. Pero el hambre que atenazaba su vientre gritaba con mayor fuerza. La voz del instinto era mayor que las advertencias de Eva. Desoyó los avisos de esta y continuó corriendo hasta que sus piernas toparon con una sogá, tendida entre dos piedras, y cayó de bruces al suelo.

Al instante se le echaron encima dos hombres y una mujer, cuchillos en mano, para clavárselos a porfía hasta asegurarse de que ya no podría defenderse ni intentar la fuga.

La mujer acercó un cuenco a la garganta de Katja y le abrió la carótida para recoger su sangre, todavía caliente.

Katja permanecía tendida en el suelo, inmóvil por completo, como una res en el matadero, que solo espera el golpe final para ser asada y devorada.

Aquél era ahora su destino.

Y, con su muerte, la venganza de Eva Zuckelmann parecía que iba a truncarse sin haber llegado a consumarse definitivamente. Muerta Katja le faltaría el brazo ejecutor.

Pero... ¿sería así?

CAPITULO 2

—No puede ser. No me resigno a que a causa de una guerra y de sus consecuencias yo no pueda ultimar mi venganza. ¡Es injusto que aquellos miserables escapen al castigo que merecen!

««Pero yo les maldije hasta la séptima generación...

««Tal vez no pueda lograr mi propósito con los responsables directos de mi muerte, pero me quedan sus descendientes.

««Buscaré en el tiempo otra joven como Katja, otra en cuya mente pueda influir para obligarla a obedecerme.

««De momento, he extinguido a una familia entera, la de los Stolze. Y también han perecido tres de los máximos responsables: el Pastor Retzer, su fanático auxiliar Eulen y aquel miserable que abusó de mi hermana Anna, el canalla del juez Bülder. Pero de este ha sobrevivido un hijo. Y también quedan por eliminar el burgomaestre Wögen y el jefe de la guardia, Schanze, con sus respectivas familias. Y no debo olvidar al otro soldado que, como Stolze, arrojó haces de leña a la pira en que yo iba a morir. Tampoco ese Weiss y sus descendientes pueden escapar a mi venganza.

««¡Ninguno se librará de la maldición que arrojé sobre ellos! ¡NINGUNO!

««Los hombres morirán y también sus mujeres, para que éstas no puedan dar a luz vástagos de quienes pertenecen a una raza maldita de asesinos y de fanáticos. El tiempo está a mi favor y aunque transcurran siglos cumpliré mi venganza desde donde ellos llaman el Más Allá.

««Ahora no tengo más que hacer sino buscar otro brazo ejecutor. Una joven que reemplace a Katja y me sirva con idéntica fidelidad.

CAPITULO 3

El barro gris cubría la calzada hasta bastante altura. Con los cascos de hierro en la cabeza, los soldados, inclinados hacia adelante, se iban arrastrando por el barro. El teniente Bilder llevaba un bastón en la mano, como la gran mayoría de los oficiales. Pero él, como todos los soldados de su compañía, tenía una costra de barro pegada a su uniforme; una costra gris del barro de los embudos y trincheras, de haberse arrastrado por debajo de las alambradas antes de buscar el cuerpo a cuerpo en los ataques. Aquélla era la misma costra que manchaba sus caras haciéndoles desear, más que nada en este mundo, darse un baño con jabón y agua caliente.

— ¡Mi teniente! —gritó uno de los soldados señalando lo que parecía un terreno desolado—. Ahí está la carretera.

Bilder miró en aquella dirección y, luego de soltar una blasfemia, gritó:

— ¡Es verdad, Weiss! Y si esa es la carretera, el pueblo ya no estará lejos — su voz se hizo más animada al añadir—. ¡Podremos descansar!

— ¡Darnos un baño!

— ¡Beber y comer hasta hartarnos!

— ¡Irnos de putas!

Cada cual dijo lo que pensaba hacer en cuanto entrasen en el pueblo francés donde permanecerían hasta reorganizar la compañía, relevando a los muertos y heridos, para luego regresar al frente.

Pero, entretanto... ¡A vivir intensamente!

Sin necesidad de que el teniente se lo ordenase, como un solo hombre, los soldados se pusieron a cantar. Rehicieron la columna de a tres y, aunque no marcasen el paso de la oca, como en un desfile, por lo menos marcaron el paso con una cierta marcialidad.

Así, formados y cantando, con el teniente Bilder a la cabeza, los supervivientes de la 14.^a compañía de fusileros de Münster entraron en el pueblo francés, tomado después de la batalla del Somme.

El teniente Wolfgang Bilder dejó a la tropa formada delante de las ruinas de la iglesia, junto a la cual estaba instalado el puesto de mando de su regimiento, y se presentó a su superior.

—Teniente Bülder, de la 14.^a compañía.

— ¿Cuántos hombres, teniente?

—Veintitrés fusileros, cuatro cabos y un suboficial.

El coronel torció el gesto, pero no hizo ningún comentario respecto a lo escaso del número de sobrevivientes. Se limitó a ordenar cuál sería el alojamiento de la tropa.

—Sus hombres se alojarán en la escuela. Mi ordenanza les indicará el lugar. En cuanto a usted... podrá instalarse en la casa del maestro. Compartirá una habitación con otro oficial que llegó anoche del frente.

— ¿Manda algo más, mi coronel?

—No. Puede retirarse, teniente.

Wolfgang Bülder pegó un fuerte taconazo y dio media vuelta para salir del puesto de mando detrás del ordenanza, que les mostraría cuáles iban a ser sus alojamientos mientras permanecieran descansando en el pueblo francés.

CAPITULO 4

—Ha llegado para ti el momento en que redimas tus muchos errores y culpas. En tu pueblo hay soldados alemanes que vienen a descansar. La verdad es que esperan refuerzos para reorganizar las unidades y volver al frente. Eso es lo que tienes que averiguar.

««Tienes que procurar que te elija uno de los oficiales. En su momento, yo misma te lo señalaré. En la cama te será fácil sonsacarle la información necesaria para que esas unidades sean aniquiladas antes de llegar al frente.

««Tu misión consistirá en averiguar el itinerario que seguirán y la hora exacta de su marcha. Después informarás al mando aliado y este ya se encargará de destruir la columna enemiga.

««Es la mejor y quizá la única ocasión que se te presentará de redimirte sirviendo a tu patria. Desde ese momento nadie te mirará por encima del hombro. Ya no serás una ramera que se vende al mejor postor. Tu cuerpo habrás dejado de venderlo por dinero o por comida. Lo habrás puesto al servicio de Francia y te convertirás en una heroína.

««Ahora solo has de esperar que yo le señale quién es el oficial al que debes seducir. Es de Grafeneck y se llama Wolfgang Bilder...

CAPITULO 5

Wolfgang rodeó a la mujer con el brazo. Colette acercó su cara al pecho del oficial y se puso a besarlo, suave, electrizantemente. Él dejó escapar un gemido de satisfacción y su mano se movió acariciante por la espalda desnuda, descendiendo hasta la redondez de sus nalgas.

—Eres maravillosa —susurró el teniente—. ¡Qué razón tienen aquellos de mis camaradas que aseguran que no hay nadie como una francesa para hacer el amor!

Colette alzó la mirada y, en tono elogioso, musitó:

—Vosotros, los alemanes, también sois fantásticos.

— ¿De veras te lo parecemos?

—Sí, pero lo vuestro es hacer la guerra. Mis compatriotas no pueden nada contra vosotros. ¡Les estáis haciendo pedazos!

—Lo dices como si eso no te disgustara.

Ella se encogió de hombros.

— ¿Por qué había de disgustarme? Para ellos no soy una mujer, solo una cosa a la que pueden tomar cuando les viene en gana. Y no son nada cariñosos. No se parecen a ti.

Wolfgang volvió a apretarla contra su cuerpo, halagado.

—Es que tú me haces vibrar como nadie lo había conseguido hasta ahora. Por eso no comprendo que tus compatriotas te menosprecien.

— ¡Bah! Para ellos soy solo una furcia. Nada más.

El oficial la besó en los labios y luego, separándolos ligeramente de los de Colette, musitó:

—Para mí eres mucho más que eso.

—Lo sé... y por eso me gustas tanto que creo que acabaré por amarte.

Como si la pasión la empujase, la mujer se enrolló sinuosamente contra el cuerpo del alemán. Wolfgang se hundió en la fragancia ardiente de sus senos palpitantes y los mordisqueó con deleite.

Colette acarició los rubios cabellos del oficial, reteniéndole contra su busto. El tono de su voz se tornó susurrante, adormecedor.

— ¿Tendrás que irte pronto? —preguntó.

Wolfgang asintió con un gruñido, pero se apresuró a decir:

—Saldremos mañana, pero después de que hayamos desencadenado la ofensiva volverán a mandarnos a retaguardia.

Ella le recomendó:

—Sé prudente, Wolf... ¡Cuídate mucho!

—Lo haré. No temas. Quiero estar otra vez contigo. ¡Volveré!
¡Cuenta con ello!

—Es que ahora que te conozco ya no sabría vivir sin ti, sin tus besos, sin tus caricias.

—No te preocupes, *cherie*. Mañana saldremos hacia Ypres y como iremos a través del bosque, no tardaremos más de un día en llegar al frente.

—Pero luego entrarás en combate.

—Sí, al día siguiente, pero ellos no esperan ahora una ofensiva como la que se les viene encima. Les pillaremos por sorpresa y cuando quieran reaccionar o traer refuerzos ya será demasiado tarde.

Colette le cerró los labios con uno de aquellos besos intensos y apasionados que enloquecían al oficial alemán, haciéndole perder todo sentido de la discreción. La mujer le embrujó con sus caricias afrodisíacas y Wolfgang Bülder se dejó arrastrar una vez más a los abismos del deseo hasta gozar de un éxtasis escalofriante.

Una suave penumbra invadía las calles del pueblo, mientras Colette se deslizaba furtivamente hacia la farmacia. La mujer lanzaba rápidas ojeadas a derecha e izquierda para ocultarse a tiempo si se topaba con una patrulla alemana. Al fin llegó a su punto de destino y, luego de golpear con los nudillos en la puerta según un ritmo convenido, el dueño de la casa entreabrió una de las hojas para que ella pasara al interior.

— ¿Traes alguna noticia, Colette?

—Sí, *monsieur* Begon. Dentro de unas horas los alemanes dejarán el pueblo en dirección a Ypres. Preparan una gran ofensiva...

El farmacéutico escuchó atentamente cuanto le decía la mujer. Sabía cómo se las había arreglado Colette para obtener aquella información. Por eso mismo sabía también que era fiable.

— ¡Estupendo! —exclamó cuando ella terminó de hablar—. Acabas de prestar un gran servicio a nuestra causa.

Colette sonrió, satisfecha.

La visión que le ordenara actuar de aquel modo no le engañó respecto a las consecuencias de sus actos. Para el farmacéutico y los altos jefes del mando aliado ella ya no era una vulgar ramera, sino una patriota que ponía su cuerpo al servicio de su patria.

La mujer permaneció inmóvil mientras el farmacéutico escribía un condensado mensaje en clave. Después le acompañó al palomar y vio que él aseguraba el papel a la pata de una paloma mensajera, a la

que abrió la jaula para que pudiese volar hasta las líneas aliadas.

Ambos siguieron con la mirada a la paloma que partió rauda por el cielo, llevando en una de sus patas un mensaje que había de provocar un desastre a los alemanes, en el que sucumbirían gran parte de las tropas destinadas a llevar a cabo una dura ofensiva en el frente de Ypres.

Un globo cautivo flotaba en el sector por encima de la destrozada arboleda. Surgieron de pronto varios biplanos ingleses, que parecieron precipitarse desde las nubes hacia aquel enorme pero frágil objetivo.

Al descubrir a los aviones aliados, los vigías alemanes que ocupaban la barquilla del globo empezaron a vociferar.

—*Achtung!* ¡Aviones enemigos!

— ¡Bajadnos a tierra! ¡Aprisa! Schnell!

Sus gritos desesperados fueron sofocados por el tableteo de las ametralladoras de los biplanos aliados.

En tierra cundió también la alarma.

— ¡Todos a cubierto!

— ¡Van a acribillarnos!

Buena parte de los soldados de infantería corrieron a los refugios improvisados. Otros corrían alocadamente, sin saber dónde meterse.

Alcanzado por una ráfaga certera, el globo alemán estalló en el aire. Sus fragmentos cayeron al suelo, junto con la barquilla de observación y los ocupantes de ésta, que quedaron destrozados y esparcidos sus restos por la tierra.

Los pilotos británicos la emprendieron entonces con los soldados que corrían de un lado a otro, desconcertados. Nuevamente volvieron a entrar en acción las ametralladoras, cuyas balas mordientes segaron un sinfín de vidas.

Los fusileros que habían conseguido ponerse a buen recaudo aplastaron sus caras contra el barro, para no ver cómo morían sus camaradas. Algunos se taparon incluso los oídos para no escuchar sus gritos estentóreos o agónicos.

La muerte se cobraba desde el cielo un copioso tributo de vidas.

En ese preciso momento, otra escuadrilla aliada apareció en el cielo, dirigiéndose hacia el bosque, en donde vivaqueaban un par de regimientos de fusileros y un grupo de artillería ligera en espera de que se les ordenase continuar su marcha hacia el frente.

El soldado Weiss vio cómo el gas asfixiante empezaba, a expandirse por el suelo, entre los árboles y matorrales, alcanzando a sus camaradas, y aulló:

— ¡Gas!... ¡GAAASSS!

Maldiciones, blasfemias e imprecaciones acogieron aquellos gritos que anunciaban lo inminente del peligro.

Fueron muchos los soldados que se apresuraron a ponerse las

máscaras antigás para no respirar aquel veneno. Pero fueron más los que no tuvieron tiempo y cayeron agitándose entre espasmos y vómitos, sintiendo que se les destrozaban los pulmones.

El teniente Bilder fue de estos últimos.

Desabrochándose el cuello de la guerrera, Wolfgang trataba en vano de aspirar un aire que no estuviese envenenado. Deseo imposible el suyo porque la densa nube del gas se extendía ya por gran parte del sector, empujada por el viento, convirtiendo además a sus víctimas en presa fácil para los pilotos aliados, que podían ametrallarlos a placer.

Weiss corrió a donde estaba su teniente y trató de ponerle la máscara antigás.

No logró su propósito.

Una ráfaga certera le alcanzó de lleno la espalda, acribillándole.

El soldado exhaló un quejido de dolor y se desplomó mortalmente herido sobre el cuerpo del teniente Bilder.

Instantes después, cuando las escuadrillas aliadas volaban de regreso a sus bases, en el bosque yacían los cadáveres de varios centenares de alemanes, en tanto que más del doble se revolcaban por el suelo aullando como posesos, gimiendo angustiosamente, víctimas del gas mortal que habían respirado.

El teniente Wolfgang Bilder y el soldado Weiss tuvieron al menos la suerte de contarse entre los combatientes muertos.

Sus sufrimientos habían terminado al mismo tiempo que sus vidas.

Un rostro fantasmagórico se perfiló durante unos instantes sobre el bosque. Los rasgos crueles de Eva Zuckelmann se plasmaron en el aire para esfumarse a los pocos segundos, mientras una carcajada siniestra se dejaba oír como si aquella mujer rubricase con su risa satánica el éxito alcanzado al consumir su venganza sobre dos más de sus enemigos.

Una venganza fraguada en la hoguera y forjada en el Más Allá, y que continuaba realizándose a despecho de la distancia y del tiempo.

CAPITULO 6

Con ojos enrojecidos, sanguinolentos, la mujer miró extrañada al joven rubio que se había sentado a su mesa. Su voz sonó pastosa al hablar al desconocido.

— ¿Qué quieres, guapo?

—Hablar contigo.

— ¿Connmigo? —se extrañó ella, pasándose una mano descarnada por los lacios y sucios cabellos, en un gesto innato de coquetería femenina—. No irás a decirme que te gusto... ¿verdad?

El joven alemán movió la cabeza negativamente, pero preguntó:

— ¿Te llamas Colette?

—Sí... ése es mi nombre.

—Yo me llamo Weiss.

La mujer hizo memoria.

—Weiss... Weiss... Me suena ese nombre.

—Mi padre era soldado. Estuvo aquí, en este pueblo, antes de la ofensiva de Ypres. Me han dicho que tú tuviste algo que ver con él y con un oficial de nuestro pueblo, el teniente Bülder.

Los ojos de la mujer brillaron y balbuceó unas palabras casi ininteligibles. Alargó la mano para agarrar la botella de vino, pero al comprobar que estaba vacía prorrumpió en maldiciones.

El muchacho se apresuró a llamar al camarero pidiendo que sirviese otra botella. Colette miró con avidez al hombre que iba a cumplimentar el pedido y, en cuanto tuvo la botella a su alcance, se sirvió un vaso de vino que vació de un solo trago, sirviéndose otro inmediatamente mientras hacía chasquear la lengua con evidente fruición.

— ¡Hum! ¡Qué bueno está!

Luego, mirando al muchacho, murmuró, con voz tartajosa:

—Conocí a tu padre y a ese teniente, sí... ¿Y qué?

Los rasgos del joven Weiss se endurecieron.

—Tengo entendido que tú servías a los aliados como espía...

Colette soltó una sarta de maldiciones.

—Lo hice, claro que fui espía, ¡pero ya ves cómo me han pagado aquella pandilla de cabrones!

Vació el segundo vaso de vino y se sirvió un tercero, añadiendo después:

—Me habían jurado y perjurado que sería considerada como una heroína, pero los muy hijos de puta dejaron que me pudiese en un burdel. ¡De heroína nada, de puta todo!

Weiss esbozó una mueca como si le satisficiese la degradación de aquella mujer. Le dio el vaso de vino y cuando ella lo hubo apurado volvió a llenarlo.

—Me han dicho que tú informaste al mando aliado sobre la ofensiva que iba a desencadenarse y en la que encontraron la muerte mi padre y el teniente Bülder. ¿Es cierto eso?

Colette llevó por cuarta vez el vaso a los labios, pero detuvo el gesto para mirar desafiante al muchacho.

—Claro que lo es. Mi jefe me dijo que había prestado un gran servicio a la causa aliada... ¡Un gran servicio! ¡Una gran mierda!

El alemán se apresuró a llenar de nuevo el vaso de la furcia y, conteniéndose para no abofetearla, pidió:

—Quiero ver dónde está enterrado mi padre. Cuantos alemanes cayeron antes de la ofensiva fueron sepultados en un mismo sitio, pero después, al perder la guerra, muchos documentos se extraviaron o fueron quemados. ¿Comprendes?

Colette movió la cabeza negativamente. Él agregó:

—Si tú diste aquella información, debías saber el camino que seguirían las tropas que salieron de este pueblo para ir al frente.

— ¿Y qué?

—Pues que pienso que debieron ser enterrados cerca de donde fueron masacrados. Por eso he venido en tu busca, para que me guíes hasta allí.

La furcia miró con ojos ávidos al muchacho.

— ¿Y qué ganaré con eso?

Weiss contuvo otra vez sus deseos de abofetear a aquella ramera y dijo:

—Te recompensaré con creces. No temas.

Colette pidió:

— ¿Me darás cien francos?

—Sí. Y también otra botella de vino.

Colette soltó una carcajada. Alargó su huesuda mano por encima de la mesa, ofreciéndosela al joven, que la estrechó con repugnancia.

— ¡Trato hecho! —exclamó ella, poniéndose en pie.

Weiss se apresuró a pagar al tabernero el vino y dejando que ella llevase en la mano la segunda botella, la siguió hacia las afueras del pueblo para tomar por un camino que iba hacia los bosques cercanos a Ypres.

El mismo camino que dos años atrás siguieran las tropas alemanas

que debían participar en una gran ofensiva, pero que sucumbieron antes de llegar al frente.

CAPITULO 7

Un aire frío barría el campo. Los árboles se alzaban desnudos como fusiles cuyas bayonetas apuntasen al cielo. Este se veía de un azul pálido, tirando a gris. En el ambiente flotaba una sensación de impalpable hostilidad.

El joven Weiss caminaba silencioso, ensimismado, detrás de la mujeruca, que se detenía de vez en cuando para dar un tiento a la botella.

— ¡Uf! ¡Esto entona! —exclamó ella una de las veces.

El alemán se limitó a gruñir sorda y amenazadoramente.

Colette había creído de pies juntillas las palabras del muchacho acerca de sus motivaciones para dar con la tumba de su padre. Ella no podía sospechar siquiera que le animase un sentimiento de venganza.

Ambos siguieron caminando por aquel páramo desolado.

La amargura y animosidad de Weiss crecían a medida que proseguía su avance hacia lo que sospechaba debía ser un cementerio provisional.

Provisional... pero que se había convertido en definitivo.

Weiss marchaba con cuidado, eludiendo los embudos abiertos por los proyectiles y obuses muchos meses atrás. Había oído decir que en los que fueron campos de batalla quedaban todavía granadas sin estallar, y que éstas podían hacerlo en el momento más inesperado.

De pronto, Colette se detuvo como si acabase de topar con un obstáculo invisible. Y sus ojos se desorbitaron. Ante ella —pero solo a su vista— se hallaba de nuevo aquella figura fantasmagórica que un día, mucho tiempo atrás, se le apareció para darle unas órdenes que cumplió sin vacilar. Órdenes que representaron la muerte de cientos y cientos de alemanes entre los que figuraban un soldado y un teniente de Grafeneck.

La extraña y pavorosa aparición le habló, imbuyendo su cerebro con palabras de venganza, de muerte, de condenación.

—Este joven que va detrás de ti es un enemigo implacable. Te ha hecho venir hasta aquí para matarte. Quiere que tu cadáver sirva de adorno a la tumba de su padre. Es su homenaje póstumo. Porque él te considera como la máxima responsable de su muerte. Pero yo no

deseo que tú mueras... No, tú no has de morir, sino él. ¿Te das cuenta?... Tienes que impedir que te sorprenda y te mate. Por eso he venido desde el Más Allá... ¡para ayudarte! ¡Para que seas tú quien le mate a él!

«Sólo tienes que estar atenta a sus movimientos y a mis órdenes. Yo te advertiré a tiempo y no podrá sorprenderte. Después... su cadáver quedará aquí, encima de la tumba en que yace su padre, aquel maldito soldado que arrojó leña y más leña a la pira que había de consumir el cuerpo de una muchacha inocente.

De pronto, en el cerebro de Colette dejó de resonar el lúgubre eco de aquella voz procedente del Más Allá. Instintivamente, la mujer miró y acertó a captar una expresión de odio mortal en el rostro del joven alemán que marchaba tras ella.

—Es verdad —musitó para sí—. Quiere matarme... ¡pero no lo conseguirá!

Apretó el paso como si al aumentar la distancia que la separaba de su seguidor este no pudiese darle alcance. Pero, al mirar por el rabillo del ojo, se dio cuenta de que Weiss caminaba ahora más aprisa, como si tratara de alcanzarla.

Los dos habían llegado ya al lugar en que se alzaban numerosas cruces sobre las que se habían colocado cascos de acero.

Aquél era el cementerio que buscaba el joven Weiss.

El muchacho leyó y releó los nombres toscamente escritos en muchas de las cruces, hasta que al final se detuvo delante de una en la que podía verse el apellido Weiss.

Algo semejante a un rugido se escapó de su garganta. Sus manos se contrajeron convirtiéndose en garras, y se revolvió hacia Colette.

La mujer, avisada por aquella voz secreta que resonaba en el interior de su cerebro, enarboló la botella, agarrada por el cuello, y dejó que el alemán se abalanzase sobre ella.

Colette descargó un botellazo tremendo sobre el cráneo del alemán, que exhaló un gemido y cayó de rodillas ante ella. La mujeruca, convertida en furia vengativa, prosiguió asestando botellazos en la cabeza del muchacho, cuyos gemidos provocaban en ella carcajadas de sádico placer.

— ¿Querías matarme, boche asqueroso?... ¡Muere tú, cabrón!

Con gesto instintivo, Weiss alargó sus brazos para agarrar las piernas de la francesa, a la que empujó haciéndola caer de espaldas.

Colette soltó la botella y quedó desarmada.

Un rugido de triunfo brotó de la garganta del alemán al darse cuenta de lo ocurrido y, sacando fuerzas de flaqueza, le echó las manos al cuello, apretando, apretando...

Confundidos en mortal abrazo, ambos rodaron por el suelo, formando una masa rebúlleme de la que solo brotaban gruñidos y

blasfemias. Colette exhaló un gemido que se convirtió en alarido agónico y dejó de luchar.

Estaba muerta.

Weiss mantuvo durante unos instantes sus manos apretadas en el cuello de la mujer que acababa de estrangular. Después, sus dedos aflojaron la presión y él se deslizó a un lado del cadáver de su víctima.

También él acababa de morir.

Una risa siniestra se dejó oír a través del bosque, como si alguien se riera en las profundidades del Averno.

Aquel alguien era Eva Zuckelmann, que acababa de eliminar al último vástago del soldado Weiss, con lo que el número de enemigos ultimados se acrecentaba, quedando solo como sobrevivientes de su venganza los descendientes del burgomaestre Wögen y del jefe de la guardia Horst Schanze.

Dos apellidos y familias condenadas desde el Más Allá a su extinción.

MÁS ALLÁ DEL ODIO Y DEL HORROR

««Los moralistas están siempre con la misma cantinela sobre el deber de dominar las pasiones, pero los crímenes que se cometen bajo los dictados de la pasión se realizan solo cuando se calienta la sangre; es decir, cuando se vive con la máxima intensidad. Y hasta el más mojigato de los moralistas tiene que reconocer que el cadáver de un enemigo muerto huele a gloria»».

VITELIO, emperador

CAPITULO 1

El edificio del hospital psiquiátrico se alzaba en medio de un parque de setos bien cuidados. Daba al establecimiento un aspecto agradable, incluso acogedor. Sin embargo, el recinto estaba rodeado por un espeso y elevado muro, protegido por garfios en su parte superior. Había tan solo una puerta de acceso, metálica, de apertura y cierre electrónicos, cerca de la cual se hallaba la garita del servicio de vigilancia, formado por dos hombres armados.

El núcleo central acogía el departamento administrativo, el laboratorio, las salas de recepción para visitantes, el almacén y la cocina. De aquél, como radios, partían las edificaciones destinadas a los pacientes, con sus comedores, celdas de observación, las individuales de los propios enfermos y también una habitación doble, destinada a los enfermos, situada junto a la puerta de comunicación con el módulo central.

Aquel estilo de construcción —que recordaba en mucho a las cárceles— impedía que los pacientes de los distintos pabellones pudieran comunicarse entre sí. De ese modo quedaban aislados los esquizofrénicos de los maniacos y los paranoicos, formando mundos aparte con los idiotas, mongólicos y cretinos, separados a su vez de alcohólicos y drogadictos.

Todo un mundo de horror, de sufrimientos, de dolor...

A él se refería la doctora Ulla Schreikolz al hablar con su visitante, que había ido al centro psiquiátrico por motivos profesionales.

—La gran mayoría de nuestros pacientes —le decía— han perdido el contacto con la realidad de su entorno. Viven sumidos en sus fantasías o en medio de horribles pesadillas. Lo siento, inspector Schanze, pero dudo que consiga el menor resultado práctico.

—Es posible que esté usted en lo cierto, doctora, pero de todos modos debo intentarlo. Quienes han sido internados en este centro no son «camellos» vulgares. Sus familias tienen dinero y ellos, cuando se drogaban, contaban con medios económicos para costearse ese vicio. Tal vez consiga que alguno hable.

La doctora Schreikolz se pasó una mano por sus rubios cabellos,

peinados a lo paje, y esbozó una sonrisa de incredulidad.

—Si usted insiste...

—Insisto, doctora.

Ella echó una ojeada a su reloj de pulsera y murmuró:

—En ese caso podemos efectuar ahora una visita al pabellón de drogadictos y alcohólicos. Los pacientes han comido hace poco y están ahítos, satisfechos y tranquilos. ¡Vamos, inspector!

Horst Schanze se levantó y siguió a la doctora fuera de su despacho. Mientras se dirigían al pabellón que quería visitar el inspector, se cruzaron con dos enfermeros que acompañaban a un paciente, un joven fornido, de cabellos negros cortados en cepillo, que sonreía bobaliconamente, dejando escapar algo de saliva por las comisuras de los labios.

—Esa cara me parece conocida —murmuró Schanze.

—Claro, inspector —dijo la doctora—. Es Rolf Esslinger, aquel que asesinó a tres mujeres, y las destripó después de violarlas.

—Nadie lo diría viéndole así, tan tranquilo.

—Es que aunque le parezca muy fuerte, y de hecho lo es, tiene el cerebro de un niño de siete años. Su madre viene a verle una vez al mes, pero no podemos dejar que permanezca solo con ella en una salita.

— ¿Por qué no?

—Podría sobrevenirle un acceso, por la causa más absurda, y matarla sin contemplaciones.

El inspector de Policía miró admirado a la doctora. Y dijo:

—Su trabajo es importante, pero puede resultar peligroso.

Ella sonrió, comprensiva.

—La locura ofrece facetas muy diversas y no todas ellas son peligrosas. De todos modos, tomo mis precauciones. Pero puedo asegurarle algo: los pacientes «huelen» si la persona que trata con ellos les tiene miedo o no. Ellos son seres humanos como nosotros. Piensan, sienten y viven de un modo distinto, y esta es la causa primordial de su tragedia.

Ulla hizo una breve pausa, como si reuniera sus pensamientos, añadiendo a continuación:

—Eso es, precisamente, lo que tratamos de curar dentro de nuestras escasas posibilidades. Si de mí dependiera —agregó frunciendo el ceño— mostraría a estos desdichados a quienes se llaman personas normales, para que estas se dieran cuenta de la felicidad de que gozan y no buscasen cambiarla a través de caminos tan falsos como el alcohol o la droga.

Charlando habían llegado a la puerta metálica de comunicación con el pabellón de alcohólicos y drogadictos. La doctora se identificó para que se le facilitara el acceso y penetró en el recinto seguida por

el inspector Schanze.

Antes de seguir adelante, el inspector preguntó:

— ¿Qué opina usted del LSD, doctora?

Esta le explicó:

— Como medicamento presenta muchas cualidades, pero como droga causa efectos muy graves. Sobre todo, habida cuenta de lo fácil que es su adquisición y asimilación.

— ¿Cree posible que se realice un asesinato bajo el influjo del LSD?

— Desde luego. Ya se han dado algunos casos.

— ¿Y un crimen... digamos por encargo?

— A este respecto no hay una certeza absoluta; sin embargo, considerando que el asesinato realizado bajo el imperio de la hipnosis es factible... yo diría que sí es posible. No hay que olvidar que el LSD, aparte de sus propiedades esquizofrénicas, puede favorecer también la sumisión de la voluntad del sujeto. Y si a eso se añade algún otro compuesto, como por ejemplo la mescalina, entonces los resultados serían inimaginables.

Horst Schanze dejó escapar un gruñido, como si aquellas palabras hubiesen confirmado su sospecha.

Los dos se detuvieron delante de una puerta cerrada por el exterior. Con un gesto, la mujer invitó al inspector a echar una ojeada al interior de la celda a través de la mirilla.

Un hombre joven estaba sentado en el suelo, con la espalda adosada a la pared. Su mirada estaba perdida en el infinito. Babeaba de un modo que parecía incontenible y de su garganta se escapaban gruñidos animalescos. Con la mano derecha se estaba masturbando frenéticamente hasta que, alcanzando el paroxismo, se dejó caer a un lado, quedando encogido y en la posición fetal.

El inspector se volvió para mirar a la mujer, interrogándole con la mirada.

— Es un caso prácticamente increíble —dijo ella.

— ¿Quién es?

— El heredero de Helmut Driest.

— ¿De los aceros Driest?

— Exactamente.

Schanze señaló a la puerta, que continuaba cerrada, y preguntó:

— ¿Cree usted que podría...?

— ¿Interrogarle?

— Sí.

— Claro que puede, pero como le dije antes, dudo mucho que consiga nada.

— De todos modos...

— Bien. Diré que lo lleven a mi despacho.

El inspector negó con un movimiento de cabeza.

—Preferiría interrogarle en su misma celda. Tal vez en ese ambiente logre un resultado positivo.

La doctora Schreikolz se encogió de hombros. Giró sobre sus talones y, encarándose con el enfermero que les acompañaba, ordenó:

—Abra la celda de Driest.

—Lo que usted ordene, doctora.

—El inspector Schanze le hará al paciente unas preguntas. Usted manténgase alerta en todo momento.

Antes de que el enfermero pudiese responder, el policía terciaba diciendo:

—Si no le importa le interrogaré a solas.

—Eso puede resultar peligroso para usted...

—No tema, doctora —sonrió Schanze—. En la Policía nos enseñan cuanto es preciso saber para la defensa personal. De todos modos, si eso ha de tranquilizarla, su empleado puede vigilar por la mirilla.

—Pero...

—Insisto, doctora. Para conseguir que ese joven hable necesito ganarme su confianza, y no será con el enfermero delante como lo conseguiré.

Ella le miró con cierta admiración, accediendo a su petición, aunque lo hiciera a regañadientes.

Horst Schanze entró, pues, solo en la celda en que se hallaba el joven heredero de Helmut Driest. Este enderezó el cuerpo a oír los pasos del policía y le miró con ojos aviesos.

—Necesito charlar contigo, amigo —dijo el inspector, sentándose en el suelo, al lado del drogadicto—. Me hace faltaba algo y sé que tú sabes dónde puede conseguirse.

Una luz de comprensión brilló en la mirada semiextraviada del drogadicto que, con gesto instintivo, se relamió y acarició el brazo izquierdo, en el que podían apreciarse las señales dejados por numerosos pinchazos.

—¿Ganaré algo... a cambio?

—Te lo garantizo. Tú dime a quién puedo ver y te proporcionaré un par de dosis.

Driest movió la cabeza, negativamente.

—Eso es poco —murmuró.

—Bueno, te daré cuatro.

—¡Seis!

El inspector hizo como que calculaba lo que aquello podía representar. Sentía sobre sí la mirada ávida del joven. Al fin, curvando sus labios en una mueca, aceptó su proposición.

—Serán seis dosis, amigo. Y ahora dime: ¿a quién puedo ver de tu parte?

Driest se inclinó hacia adelante. Miró receloso a la puerta y susurró:

—Ve al «Damaskusklub». Pregúntale al barman por Ulrike y cuando hables con esta dile que te mando yo... Ella tiene siempre mercancía de la mejor.

—¿Y si no estuviese ella?

—Vuelve al día siguiente. Es raro que ella o su hermano no aparezcan por allí tres o cuatro noches por semana.

Driest preguntó:

—Entonces, ¿también puedo preguntarle al barman por el hermano de esa Ulrike?

—Sí, claro, pero de los Wögen prefiero tratar con la chica. ¡Él es un mal bicho! Con ella puede ir uno tranquilo. No solo te dará el polvo que necesites, a condición de pagarlo, claro está, sino que además, como le caigas bien, podrás echarle a ella unos cuantos. Sobre todo si hacéis un «viaje» juntos.

El policía sonrió y le dio una afectuosa palmada en la cara al drogadicto.

—Eres un buen chico. Gracias.

—Recuerda lo que me has prometido: ¡seis dosis!

—No te preocupes. Tendrás lo que necesitas.

Horst Schanze se puso en pie y fue hacia la puerta de la celda, que se abrió de inmediato, lo que le indicó que mientras duró su conversación con Driest, había sido observado atenta y precavidamente.

El inspector salió de la celda, cuya puerta se cerró a sus espaldas. Ulla le miró inquisitiva.

—¿Y bien? —preguntó.

—¡Perfecto! ¡He conseguido un par de nombres!

La doctora se encaminó hacia la salida del pabellón, seguida por Schanze. Pero cuando se dirigían al despacho de Ulla, el policía ofreció:

—Me gustaría invitarla a cenar. ¿Acepta?

Ulla sonrió halagada.

—Hoy no puedo. Estoy de guardia.

—¿Mañana entonces?

—De acuerdo. Mañana.

—Vendré a recogerla... —empezó a decir el policía.

—¡Oh, no! —exclamó ella, haciendo un gesto negativo con la cabeza—. En cuanto puedo alejarme del hospital voy a mi apartamento. Pase a recogerme por él.

—No sé su dirección.

—En el ciento uno de Schifferstrassen, quinto piso.

—Perfecto. Allí estaré a las siete en punto.

La doctora Schreikolz le tendió la diestra, que el policía estrechó suavemente, como si la estuviese acariciando. Ella notó una extraña sensación y balbuceó unas palabras, pretextando que tenía que volver al trabajo, para, de ese modo, ocultar la turbación que acababa de ganarla.

Sin embargo, desde la ventana de su despacho, la doctora Ulla Schreikolz siguió con la mirada el Volkswagen del policía, cuando este se dirigió a la salida del hospital psiquiátrico.

CAPITULO 2

—No tengas ningún miedo, Ulla. Esta no es una de esas fantasías que atormentan a tus pacientes. Eres una mujer privilegiada y has sido elegida, en el Más Allá, para realizar actos que al común de los mortales puede sorprender y parecer, incluso, que son sobrenaturales.

«El destino ha puesto en tu camino a un hombre sobre el que pesa una sentencia ineludible. Y él, por su parte, ha de participar en la ejecución de los últimos responsables de la muerte de una joven que fue quemada injustamente, sin que nadie hiciera caso de sus protestas de inocencia.

»Todos ellos deben morir. ¡Todos!

» Y tú, precisamente tú, serás quien interprete el último acto de esta tragedia que se inició hace muchos años.

»No puedes negarte a llevar a cabo lo que te ordenaré, y no puedes hacerlo porque mi tiempo se termina.

»Ésta es la última generación de aquéllos que fueron sentenciados desde la hoguera. Después... Habrá llegado el final.

»Si has cumplido mis mandatos, si mi venganza se ultima gracias a tu colaboración, podré descansar tranquila por el resto de los tiempos, por toda la eternidad. Pero si no fuese así... si algo fallase, yo no encontraría el descanso que necesita mi espíritu.

»Quedo, pues, en tus manos, Ulla.

»Desde mi dimensión te indicaré los pasos que debes dar, cómo has de comportarte con ese hombre que ha aparecido en tu camino única y exclusivamente para convertirse en tu víctima y en la mía. ¡En la víctima de las dos!

»De los demás no tienes que preocuparte. Otro y no el tuyo será su brazo ejecutor. Los criminales se eliminan entre ellos y esta no será una excepción de la regla. Sucumbirán a mi venganza sin que nada de lo que hagan les permita evitarlo.

» Y ahora que ya sabes que estás predestinada, reposa tranquila. En el momento oportuno volveré a contactar contigo. Entonces sabrás cómo debes actuar para que no se produzca el menor error.

»Descansas, Ulla... reposa... duermes... ¡Yo velo por ti!»

CAPITULO 3

— ¿De qué presumes, amigo? —rio Heinrich sarcástico—. Eres un don nadie, mientras que yo... La suerte me ha sonreído desde que nací. Mis antepasados amasaron una gran fortuna y acumularon los títulos. El nombre de Wögen ha estado unido siempre a la historia de nuestro país, pero sobre todo a la de Grafeneck, la villa de que somos oriundos.

—Bueno, eso de los títulos no va con nosotros, los Lummer —cortó malhumorado el joven interlocutor del mayor de los hermanos Wögen—, pero en lo que se refiere al dinero... tengo billetes y oro para cubriros a los dos.

Ulrike soltó una carcajada nerviosa. Y dijo:

—Resultas ridículo, Werner, con tanto presumir.

—Tu hermano no se queda a la zaga.

—Porque tú le has provocado, cretino. Pero, por lo general, Heinrich no acostumbra a presumir ni de parentela ni de destino.

En la mesa de al lado, el inspector Schanze no perdía detalle de la conversación, atento a captar algún nombre que le pusiera sobre la pista de quienes suministraban la droga a los Wögen.

Werner Lummer hizo una mueca de fastidio y se puso en pie. El policía le vio encaminarse al mostrador y acodarse en éste, tras pedir al barman que le sirviese un *schnaps*.

La voz chirriante de Heinrich Wögen atrajo nuevamente la atención del inspector, que volvió a prestar oídos a sus palabras.

—No sé cómo soportas a ese engreído, Ulrike.

—Es un buen cliente y en la cama no se porta mal.

—Le das demasiadas confianzas.

Ella se encogió de hombros y sus labios formaron un mohín caprichoso.

—Mientras no encuentre nada mejor... —dijo.

Horst Schanze pensó por un momento que ya era tiempo de darse a conocer pero al ver que Werner Lummer se apartaba del mostrador para ir hacia la puerta y salir del establecimiento, optó por ir tras él.

«Tal vez le sonsaque algo —pensó— que me sirva para acorralar a esos malditos Wögen, que, mira por dónde, también proceden de

Grafeneck, igual que mi familia.»

El policía dejó un par de billetes encima de la mesa y salió presuroso del «Damaskusklub», apretando el paso para no perder de vista al joven.

Lummer caminó a buen paso a lo largo de varias manzanas, para detenerse delante de una casa de lóbrego aspecto. Miró entonces en derredor, sin alcanzar a ver al policía, que se había refugiado en un portal. Tranquilizado al pensar que no le seguía nadie, el joven sacó la llave del bolsillo y entró en la casa.

Para el policía fue como un juego de niños abrir aquella puerta con una llave maestra, entrando a su vez. Durante unos instantes permaneció inmóvil al pie de la escalera, escuchando. Después subió sigilosamente, llegando a tiempo de ver cómo Lummer se colaba de rondón en un piso, en el que era acogido con gritos de entusiasmo.

El inspector pegó el oído a aquella puerta.

—Están corriéndose una juerga por todo lo alto —murmuró.

De pronto, el ruido que hacía la puerta de abajo al cerrarse estrepitosamente, le alarmó e hizo dirigirse hasta el rellano superior, para ver quién subía. A decir verdad, no le sorprendió demasiado descubrir que se trataba de Ulrike Wögen, y que ésta, al llegar al piso en que había entrado Werner, golpeaba en la puerta con un ritmo que parecía convenido.

Werner abrió y la invitó a entrar.

—Pasa, querida —le dijo—. Me estaba impacientando tu tardanza.

—Mi hermano, que es un plomo y se puso muy pesado...

El inspector no pudo oír más. Al entrar Ulrike en el apartamento, el joven había cerrado la puerta.

Eso no era obstáculo capaz de detener al policía.

Utilizando su llave maestra, Schanze abrió y penetró en el apartamento. Las risotadas y gritos le indicaron dónde estaban los juerguistas. Entreabrió una puerta, que daba a una amplia sala, provista de cojines y almohadones de todas clases, y en donde varias parejas se ayuntaban desenfrenada o voluptuosamente.

Desde donde estaba, el inspector atisbó hasta localizar a Ulrike.

La muchacha no se revolcaba como las otras parejas, sino que, látigo en mano, azotaba cruel y despiadadamente a Werner Lummer, el cual, tumbado en el suelo, gimoteaba y besaba las puntas de sus zapatos, a despecho de los puntapiés que ella le propinaba.

— ¡Sigue así, maldito esclavo! —gritaba Ulrike—. Te voy a arrancar la piel a tiras si no me haces disfrutar.

—Sí, ama... ¡Pégame! ¡Haz conmigo lo que quieras!

Ella descargó un fuerte latigazo en la espalda de su voluntariosa víctima, al tiempo que gruñía:

—Ahora solo te azoto, pero un día te mataré... ¿Lo oyes? ¡Te mataré!

—Lo que tú quieras, ama... ¡Pégame! ¡Mátame si lo deseas! ¡Soy todo tuyo! ¡Te pertenezco!

El inspector Schanze hizo una mueca de asco y retrocedió de puntillas, evitando hacer el menor ruido, para no descubrir su presencia. Después bajó presuroso la escalera y salió a la calle.

El aire fresco del amanecer le hizo reaccionar. Respiró con fruición y echó a andar mientras murmuraba:

— ¡Pandilla de degenerados!...

CAPITULO 4

Ulla abrió la puerta y le dirigió una sonrisa.

—Es usted muy puntual, inspector —le dijo.

Él forzó una sonrisa y entró en la casa.

Se dieron la mano.

—Estaré enseguida, inspector —añadió ella—. Mientras termino de arreglarme, si quiere beber algo, sírvase usted mismo —señaló a un mueble bar, situado al fondo de la salita—. Estaba tan cansada de mi jornada de ayer que he dormido más de la cuenta.

Horst fue hacia el mueble bar y lo abrió mientras preguntaba:

— ¿Le preparo algo?

Ella denegó:

—No, gracias, inspector.

Schanze giró la cara hacia ella, diciendo:

—Por favor, no me llame inspector. Mi nombre es Horst.

La mujer le envolvió con una de aquellas sonrisas que tenían la facultad de ponerle nervioso, y replicó:

—De acuerdo, pero a condición de que me llame Ulla y no doctora.

— ¡Encantado!

Él brindó con el combinado que se había preparado.

Siguieron tratándose de usted mientras estuvieron en el apartamento, para pasar a tutearse cuando se acomodaron ante una mesa en el restaurante. Con los entremeses comenzó entre ellos el intercambio de confidencias para, al llegar a los postres, hablar con tanta confianza como si fuesen amigos de toda la vida.

Mientras tomaban café, Horst le explicó a la mujer lo que había descubierto en relación con los hermanos Wögen.

—Ellos y sus amigos forman un grupo de viciosos adinerados. Dada su posición social y económica no deben tener problemas a la hora de adquirir drogas. Son de la misma ralea que aquel Driest que está en el psiquiátrico.

Ulla frunció el entrecejo, preocupada.

— ¿Qué te propones ahora? ¿Detenerlos?

El policía movió la cabeza negativamente y dijo:

—Ellos no son más que un cebo. Lo que yo quiero es atrapar a los verdaderos traficantes, no a los consumidores ni a los «camellos».

—Comprendo... Lo que pretendes es decapitar al monstruo y ocuparte después de quienes, en el fondo, no son más que víctimas.

—Exacto, pero... —Horst la miró a los ojos y avanzó una mano por encima de la mesa para posarla sobre la de ella y susurrarle—: Dejemos a un lado a esa gente. Pensemos en nosotros. ¿No te parece mejor?

—Sí, claro.

Horst se animó al escuchar aquella respuesta y propuso:

— ¿Quieres que vayamos a bailar?

Ella le miró a los ojos, con fijeza. Luego, al hablar, la voz de la mujer sonó un tanto bronca, preguntando a su vez:

— ¿No preferirías que fuésemos a mi apartamento a... tomar otra copa?

Durante unos segundos siguieron mirándose, como si con los ojos estuvieran diciéndose lo que de verdad deseaban. Al fin Horst rompió el silencio.

—Vamos a tu casa, Ulla. No me atrevía a pedírtelo, pero...

— ¡Qué tímido llegas a ser! —rio ella poniéndose en pie.

Cuando salieron del restaurante iban cogidos del brazo. Silenciosos. Pero en sus miradas ardía el deseo. En ambos predominaba una emoción, la de unirse íntimamente, el ansia de fundirse a través de los cuerpos. El anhelo de amar y de compartir la recién nacida, pero creciente, pasión.

El policía la besó en los labios y escuchó los latidos de su corazón cuando ella correspondió ávidamente a su caricia.

Tras salir del ascensor, Horst cerró la puerta de este mientras Ulla abría la del apartamento y, luego de dirigirle una mirada envolvente y acariciadora, penetraba en el piso sin encender la luz.

Horst la alcanzó cuando ella entraba en su alcoba. La rodeó fuertemente con el brazo y acercó la mano a su busto para acariciarlo al tiempo que iba desabrochando el vestido.

—Vas demasiado aprisa, querido... —susurró ella en su oído.

—Estás tan tentadora que no puedo contenerme.

—Espera que me desnude, Horts, o me arrugarás el vestido.

Él soltó el busto y la cintura de Ulla, la cual, dando un paso atrás, se desnudó en un santiamén. Luego, con la sonrisa en los labios —una sonrisa que era muda pero clara oferta— se tendió en la cama extendiendo ambos brazos para atraerle, llamando al hombre, incitándole...

Horst no se resistió y se abalanzó sobre el cuerpo de la mujer, incrustándose en ella, frotando su pecho contra los senos suaves, aterciopelados y tremantes, que le transmitían el fuego que ardía en el

interior de la hembra, lanzada ya a un frenético vaivén, excitante y enloquecedor.

CAPITULO 5

Los hermanos Wögen parecían más excitados que nunca. Werner se había sentado en uno de los divanes, al lado de Ulrike, y le hablaba al oído. Ella reía de sus proposiciones y parecía descartarlas. Otro de los componentes del grupo miró enfurruñado a Heinrich y barbotó:

— ¿Es que no va a venir tu amigo?

—Claro que vendrá, Fritz. No te preocupes. No nos ha fallado nunca.

El llamado Fritz rezongó entre dientes y fue a acurrucarse junto a una de las muchachas, que se mostraba tan excitada e irritable como él.

Desde su mesa, Horst Schanze no perdía detalle de cuanto sucedía.

«Están lanzados a cien por hora —pensó— y acusan la falta de droga. Es posible que hoy descubra al traficante que suministra a los Wögen. Sin embargo, es muy extraño que uno de esos tipos, que pecan siempre por exceso de precauciones, acuda a un lugar público como éste... a menos que le atraiga alguien del grupo. Sí —añadió para sí—. ¡Eso puede ser!»

Más atento que nunca, el inspector observó los movimientos de unos y otros hasta ver que Heinrich se levantaba presuroso y se encaminaba rápidamente hacia los lavabos, donde otro hombre acababa de entrar.

También Schanze se puso en pie y fue tras él.

«Me parece que ya los tengo».

Con aquella idea, el policía entró en los lavabos a tiempo de ver cómo el desconocido entregaba una cartera de piel al joven Wögen, quien refunfuñó:

— ¿Sólo esto?... ¡Apenas hay para que cada uno tenga dos tomas!

—No te preocupes —rio el traficante—. Vete con tus amigos a la casa y yo me reuniré con vosotros llevándoos mucho más de lo que necesitaréis.

Luego, el traficante, con sonrisa incisiva, añadió:

—Pero ya conoces mis condiciones.

—Sí, sí, no temas. Todo se hará como tú quieres.

—Bien, entonces hasta luego. Dentro de dos horas iré a buscar lo que me apetece. Tu hermana y ese maldito Werner.

—Los tendrás. ¡Confía en mí!

Aquellas palabras y el hecho de que la droga estuviera ya en manos de Heinrich Wögen hicieron que el policía se abstuviese de intervenir.

Schanze salió presuroso de los lavabos y corrió a una cabina telefónica para avisar al comisario Kohlman de lo que pretendía hacer.

— ¿Está seguro de que no quiere que intervengamos antes, Schanze? —inquirió el jefe de la Brigada de estupefacientes.

—Sí, comisario. Será una redada muy espectacular, dada la categoría de los personajes que podremos arrestar, pero lo importante es que cazaremos a ese maldito Mossesberg. ¡Por fin le habremos pillado con las manos en la masa!

—De acuerdo, Schanze. El caso es suyo. Rodearemos la casa para que no se filtre ni un alfiler y todos esperamos su señal.

—Gracias, comisario.

Y muy satisfecho, Horst Schanze cortó la comunicación.

A los pocos instantes, el inspector volvía a telefonear, solo que entonces llamó a Ulla, que estaba de guardia en el psiquiátrico.

— ¿A qué hora terminarás, querida? —le preguntó.

—Ya te lo dije, Horst: a las siete de la mañana.

—Es verdad... ¿Quieres que te espere en tu apartamento?

— ¡Pues claro que lo quiero!

Tras esa exclamación espontánea, la mujer hizo chasquear sus labios como si le enviara un beso a través del teléfono, y Horst respondió de igual modo. Después, convencido de que todo estaba en orden, el inspector Schanze se encaminó con paso rápido a la casa, donde sabía que los Wögen y su grupo debían haber empezado ya su orgía, a la cual —sorprendentemente— concurriría aquel escurridizo y peligroso Mossesberg, tras el cual iba la Brigada desde hacía casi dos años, sin que hasta el momento se hubiera conseguido ninguna prueba que le incriminase directamente.

Horst pasó de puntillas delante de la puerta del piso en que se hallaban los Wögen y su grupo. Subió al rellano siguiente y se mantuvo a la expectativa, oyendo los gritos, las canciones y el estrepitoso ruido que hacía aquella pandilla de viciosos y drogadictos.

No tuvo que estar mucho tiempo a la espera.

Todavía no habían transcurrido veinte minutos desde que se instaló en su puesto de observación, cuando el policía vio como el ventrudo traficante ascendía por la escalera, para llamar a la puerta con los nudillos según un ritmo convenido.

Heinrich le abrió al instante. Parecía haber estado esperándole.

— ¿Lo traes todo?

—Naturalmente. Yo cumplo siempre lo que prometo... para que los demás cumplan también conmigo.

—Bien, entonces pasa. Werner y Ulrike están juntos, como tú querías.

Desde donde estaba, Horst no alcanzó a ver la sonrisa de triunfo que curvaba los labios gruesos y crueles del traficante. Pero en cuanto la puerta se cerró tras los dos hombres, él bajó a su vez y, utilizando su llave maestra, entró también en el piso.

Lo que vio el inspector Schanze le convenció de que aquellos jóvenes, por adinerados que fuesen, constituían el deshecho de la sociedad. Las escenas que se desarrollaban ante sus ojos parecían extraídas de una película porno en la que se proyectara una bacanal romana. Escenas de un sadismo bestial, promiscuos y aberrantes acoplamientos, todo cuanto podía imaginar la más degenerada de las mentes se hallaba plasmado allí en una fantasía abyecta que se convertía en la más procaz y soez de las realidades.

Horst vio cómo, otra vez, Ulrike utilizaba el látigo con su «esclavo» Werner, que reptaba a sus pies, desnudo como un gusano y con la piel cebrada por la sangre que manaba de las heridas que ella le infligía.

Mossesberg se acercó a Heinrich y le proporcionó más de una docena de sobres, que el joven se apresuró a repartir entre sus amigos. Con ello se acrecentó la bestialidad reinante y la orgía degeneró al máximo.

Tras lanzar una mirada satisfecha en torno suyo, Mossesberg fue adonde estaba Ulrike y el lacerado Werner.

—Toma, preciosa —dijo, pasándole un sobre cuyo color rojo hacía que se distinguiera de los demás—. Esto es exclusivo para ti. ¡Te conducirá directamente al paraíso!

Ella agradeció el regalo con una mueca, diluyendo los polvos del sobre en una copa de vodka. Después lo bebió de un trago ante la mirada lujuriosa de su proveedor, el cual, señalando a Werner, añadió:

—El padre de ese cerdo era de la SS y mató en las cámaras de gas de muchos de los míos. ¡Castígale como se merece!

Ulrike sentía en sus entrañas un fuego abrasador. El traficante había mezclado un concentrado de LSD con mescalina. Los ojos de la mujer brillaron con odio al fijarlos en su «esclavo» y, apoderándose de un cuchillo, se inclinó sobre el desnudo cuerpo del joven Lummer, emasculándolo de un golpe certero.

— ¡Eso no es suficiente! —gritó Mossesberg con los ojos inyectados en sangre—. ¡Quiero que muera desangrándose!

La joven Wögen no se lo hizo repetir. Nuevamente, hirió a su víctima, que se arrastró por el suelo, entre estertores, manchando la moqueta con su sangre, hasta que quedó inmóvil por completo.

¡Muerto!

Aterrado por lo que acababa de desarrollarse ante sus ojos, el inspector Schanze no tuvo ánimos ni la sangre fría necesaria para reaccionar a tiempo. Además, los hechos se sucedieron a velocidad de vértigo.

Mossesberg había agarrado a la drogada Ulrike y, derribándola sobre el cadáver del asesinado Lummer, gruñó con sadismo:

—Ahora te poseeré, aria de mierda, encima de tu víctima.

Incapaz de darse cuenta de lo que el otro pretendía, Ulrike se tendió encima del cuerpo sin vida de Werner, ofreciéndose impúdica al traficante.

Heinrich Wögen, por su parte, tras haber visto lo que su hermana le hiciera a Werner, recogió del suelo el cuchillo manchado de sangre y, con expresión homicida, se arrojó sobre uno de sus amigos, repitiendo lo hecho por Ulrike, para arrojarse después sobre su partenaire y destriparla sádicamente.

El inspector sintió que se le revolvía el estómago.

Aquélla no era ya una orgía sexual, sino de sangre y de muerte.

Horst Schanze se llevó a los labios el silbato de reglamento y emitió la llamada que había de llevar allí a los hombres de la Brigada.

Aquellos pitidos hicieron reaccionar a Mossesberg que, al verse perdido, solo pensó en eliminar testigos. La primera en morir fue Ulrike, en cuyo cuello se cerraron las manos del traficante, haciendo que su «viaje» al paraíso de la droga se convirtiera en el viaje al otro mundo. ¡En el último viaje!

Luego, saltando con una agilidad impropia de su volumen, Mossesberg se arrojó contra Heinrich Wögen, al que el policía trataba de desarmar.

Los tres hombres rodaron por el suelo, debatiéndose y golpeándose con tremenda saña: Pero la juventud de Wögen se impuso y, zafándose de los otros dos, corrió hacia la ventana para intentar escapar por esta.

Al verle allí, Mossesberg lanzó un bramido furioso. Decidido a no dejar tras él un solo testigo que pudiese incriminarle, se arrojó de cabeza contra su cómplice, con tan mala fortuna que este logró sujetarle antes de ser golpeado.

Desde el suelo, mientras trataba de incorporarse, el policía vio como los dos se debatían junto a la ventana. Fue a girar, pero en aquel preciso instante irrumpieron en el piso sus compañeros de la Brigada. Luego, cuando quiso intervenir en la pelea, ya era tarde.

Lanzando un alarido de muerte, Mossesberg y el joven Wögen habían saltado al exterior, para seguir abrazados hasta estrellarse contra el suelo.

El grito de agonía de Heinrich Wögen llegó hasta el Más Allá, en

donde pareció encontrar eco en una risotada vengativa.

CAPITULO 6

Ulla abrió los ojos y le miró. Se sentía a gusto acostada al lado de aquel hombre que había sabido despertar sus sentidos y sentimientos. Recordó con qué ansiedad él la había estado aguardando. Ella llegó cansada de su jornada de guardia en el psiquiátrico y él, por su parte, estaba extenuado tras su participación en la redada de aquella noche.

Quizá fue por eso mismo que ambos hicieron el amor con tanto apasionamiento, casi con furia.

O quizá era que ella se había sentido impulsada hacia él, obedeciendo las órdenes recibidas durante la entrevista, mientras permanecía en el psiquiátrico, y extrañas visiones se posesionaban de su mente, cuya lucidez dejaba de ser la habitual en ella.

Ulla volvió a mirar al hombre que, plácida y descuidadamente, dormía a su lado, como si allí estuviera a salvo de cualquier peligro.

Y sin embargo...

La claridad de las imágenes, sugeridas por la extraña visión que había vuelto a aparecérselle aquella noche, la asustaron.

Se pasó la mano por la frente, tratando de alejar de su mente aquellas ideas perturbadoras. Tenía que desterrarlas de su pensamiento.

Era preciso que rechazase la idea de matar.

Y más aún cuando su presunta víctima tenía que ser el hombre a quien amaba.

Ulla ser dejó llevar por un movimiento instintivo y se inclinó sobre él. Acercó el rostro a la cara de Horst y puso un beso tierno, cariñoso, amante, en una de sus mejillas.

El policía despertó en ese instante, y al verla tan cerca extendió los brazos para estrecharla contra su pecho.

—Cariño —susurró—, ¡qué feliz me has hecho!

Ulla no respondió con palabras, pero sus labios se posaron en los del hombre, cerrándolos con un beso.

Durante unos instantes permanecieron así, estrechamente unidos, abrazados, como una pareja feliz. Como lo que eran en realidad.

De pronto, Ulla sintió que algo candente hurgaba en su cerebro y que una voz inaudible por su amante, la increpaba: «¿A qué estás

esperando, maldita? ¡Deja ya de hacerte la remolona y cumple mi mandato! ¡Ese hombre está sentenciado y tiene que morir!»

Ulla se removió inquieta y desasosegada en el lecho. En su fuero interno se resistía a ejecutar aquella orden fatal.

Él se dio cuenta de que a Ulla le sucedía algo y preguntó:

— ¿Qué te pasa, cariño? ¿Estás inquieta?

La mujer se acurrucó contra su pecho, pero clavó en los de él sus ojos, musitando con voz tenue:

—A decir verdad no sé qué me sucede. Me siento casi igual que si estuviera drogada y en pleno «viaje». Desde que te conocí he tenido algunas visiones que parecen proceder del Más Allá...

Horst la observó con fijeza, seriamente, sin que diese muestras de incredulidad. Antes, por el contrario, se mostró muy interesado.

— ¿Dices que parecen visiones del Más Allá?

—Sí. Y quien se me aparece me da unas órdenes...

Él captó en la mujer un gesto de horror, lo que le llevó a inquirir:

— ¿Qué te ordena esa visión?

— ¡Que te mate!

— ¿Te ha dicho por qué has de hacerlo?

Ulla hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Dice que eres el descendiente de alguien que fue sentenciado por haber ayudado a que muriese una joven inocente.

Cejijunto, Horst musitó:

—Conozco esa historia, que yo creía era una simple leyenda. Pero después de lo que ha sucedido esta noche, y luego de oírte, tengo que pensar que en ella hay mucho de realidad.

Ulla le miró extrañada mientras él añadía:

—En Grafeneck, la ciudad de que soy oriundo, fue ajusticiada una joven llamada Eva Zuckelmann. Antes habían muerto sus padres y su hermana. Y ella, desde la hoguera, maldijo a quienes habían participado de modo directo o indirecto, hasta la séptima generación.

—Ahora que lo dices —interrumpió Ulla—. La visión me conminó a que no fallase contigo porque se le acababa el tiempo. Y también me habló de otros de quienes se ocuparía ella.

— ¡Y tanto que se ocupó! —exclamó Horst—. Como que se trataba de los hermanos Wögen y ambos han muerto.

El policía hizo una pausa, añadiendo a continuación:

—Entonces, para que esa Eva Zuckelmann culmine su venganza, solo quedo yo... Y le está faltando tiempo.

Ulla miró sorprendida al hombre que acababa de levantarse y empezaba a vestirse. Se apoyó en un codo y le preguntó:

— ¿A dónde vas ahora?

—Al único sitio en donde puedo burlar esa sentencia del Más Allá. ¡A la Iglesia del Buen Pastor!

Ulla salto de la cama y, vistiéndose a su vez, exclamó:

—Espérame. Iré contigo.

Horst hizo un gesto de asentimiento y, mientras esperaba a la mujer, se acercó al calendario que había en la pared. Lo señaló y apoyando el índice en el número del día correspondiente, señaló:

—Esta es la Walpurgisnacht, la noche de Walpurgis.

—La noche de las brujas...

—Así es, Ulla. Y si las crónicas no mienten, fue precisamente este día cuando Eva Zuckelmann murió en la hoguera.

— ¿Entonces...?

—Si no te mintió la aparición, todo indica que hoy termina el plazo para que se cumpla la maldición, para que ultime la venganza que forjó en el Más Allá. Si logro salir indemne... ¡ya no podrá nada contra mí!

—En ese caso —dijo ella, decidida—, ¡vámonos! ¡Cuanto antes mejor!

— ¿Te sucede algo? —indagó él, viéndola con la cara convulsionada.

—Sí... Tu Eva debe de estar furiosa... Me está insultando y quiere forzarme a que te mate sin perder más tiempo.

Horst hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y, tomando del brazo a la mujer, abandonó el apartamento para dirigirse a toda prisa a la cercana Iglesia del Buen Pastor.

Una vez en el interior del templo, Horst respiró hondo, satisfecho. Luego se volvió para mirar a la mujer, que parecía estremecerse en convulsiones y espasmos. Sin soltar su brazo, él le preguntó:

— ¿Puedes soportarlo?

—Sí... ¡puedo! ¡No te preocupes por mí y piensa solo en ti!

Horst se negó a aceptar aquellas palabras y tiró de la mano de Ulla hasta llegar ante el altar. Se dejó caer de rodillas y obligó a Ulla a que hiciese otro tanto. Luego, con voz pausada y solemne, habló:

—Pido perdón por los errores que pudieran cometer mis antepasados. Y pido también que la maldición que fue lanzada sobre ellos no me alcance a mí. Perdón...

En este instante, como si brotase de las losas del suelo, una voz que parecía de ultratumba, aulló:

— ¡Para mí y los míos no hubo perdón! ¡Mi venganza es justa...!

Aquella voz calló repentinamente.

Un alarido resonó en el templo; un alarido que, poco a poco, fue desvaneciéndose en la distancia y en el tiempo.

Después sobrevino un súbito y profundo silencio.

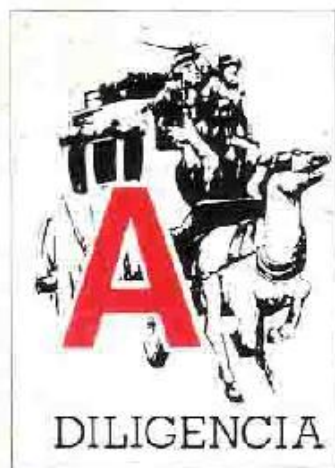
Horst tenía asidas entre las suyas las manos de Ulla, que le miraba con la misma ilusión que si le viese por vez primera.

Ambos, como de común acuerdo, se pusieron en pie y se

encaminaron a la salida del templo. Luego, una vez en la calle, corrieron cogidos de la mano igual que dos chiquillos felices.

Y tenían motivos para ser dichosos porque, a través o gracias a su amor, habían burlado la VENGANZA DEL MÁS ALLÁ.

FIN



**LA COLECCION
DE LOS MEJORES AUTORES
Y RELATOS DEL WESTERN.
CADA SEMANA EN SU KIOSCO.**

P.V.P. 110 ptas.



Table of Contents

Título página

LA HOGUERA AGUARDA

CAPITULO 1

CAPITULO 2

CAPITULO 3

EL DON Y EL PLACER DE MATAR

CAPITULO 1

CAPITULO 2

CAPITULO 3

CAPITULO 4

CAPITULO 5

CAPITULO 6

CAPITULO 7

INTERLUDIO

CAPITULO 1

CAPITULO 2

CAPITULO 3

CAPITULO 4

CAPITULO 5

CAPITULO 6

CAPITULO 7

MÁS ALLÁ DEL ODIO Y DEL HORROR

CAPITULO 1

CAPITULO 2

CAPITULO 3

CAPITULO 4

CAPITULO 5

CAPITULO 6